AÑO XXXIII — Nº 1642

EL DIA

MONTEVIDEO, JULIO 5 DE 1964

Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



En el bicentenario de Artigas

(Fotografía Juan Caruso)

Como continuación del ciclo artiguista, se siguen realizando actos en los cuales se exalta la memoria del Prócer y su gloriosa lucha por la independencia nacional, celebrándose en los centros de enseñanza, conferencias e inauguraciones de cuadros y bronces que lo rememoran. Los alumnos de la Escuela Nº 81 entonan el Himno Nacional, en la ceremonia en la que se descubrió la estatua a nuestro Héroe.

LOS DIABLOS AZULES DE JULIO JULIAN



El Dr. Julio Vargas Prada, Embajador del Perú en el Uruguay, también conocido, literariamente, por el pegadizo seudónimo de "Julio Julián".

CUANDO el escritor posee un estilo maduro, que le permite reconstruir, con elementos de su intimidad, el mundo en el que transcurrió su infancia, suelen conseguirse frutos valiosos, cuyo mérito de sencillez excluye el peligro de puerilidad, en el que tan fácil podría incurrir el autor inexperto cuando quiere dar, adulto, la experiencia inocente tal cual se vivió y sintió en ese *entonces* misterioso, cándido y agrandado por la nostalgia del presente.

En estos momentos hay en el Uruguay, dos Embajadores con "alias"; pero no hay por qué alarmarse: sus fechorías sólo son literarias. El uno es Mercedes Carvajal de Arocha, la respetada y querida Embajadora de Venezuela, más conocida por Lucila Palacios. El otro, es Julio Julián.

Julio Julián es el seudónimo, nacido casi en broma, con que se inició en "El Comercio" de Lima un talentoso escritor peruano que se llama Julio Vargas Prada, por añadidura actual Embajador del Perú en nuestro país. Es hombre joven, activísimo, de rica cultura, ensanchada por esa insustituíble universidad de los viajes, y el periodismo de su tierra conoce su crítica traviesa, inquieta, reveladora de una vocacional actitud militante en el campo de las letras, que hizo clásicos sus ágiles *"Platillos" en la prensa* peruana.

En *"Cielo Rojo"*, novela primigenia escrita a los veinte años y no publicada hasta 1951, en Madrid, evidenció ya su peruanismo, la preocupación histórica que le induce a tratar la hora tensa de la Guerra del Pacífico. En 1954, *"Hay nieve en la sierra"* reitera las excelencias de un estilo que buscaba depurarse y concretar su expresión más genuina. Y *"Los diablos eran azules"*, de 1962, define la modalidad de un autor muy personal, que no se prodiga, y halla en su propio mundo, en la fuente inagotable de la infancia, el venero fresco y limpio para trazar la viñeta evocativa donde se inscribe el niño que fue una vez.

En países de abrumadora tradición, como en el caso particular del Perú, en el que confluyen las dos vertientes del incario y el virreinato, dándose al escritor en la opulencia de materiales a primera vista fáciles, promisorios y tentadores, es fácil caer en la explotación de esa veta seductora y múltiple. Julio Julián sortea el escollo, se salva de seguir las huellas de un indigenismo postizo, no simula ni imita. Con buen tino, declara: "no estoy metido en el indio. No veo por sus ojos ni hablo por su boca". El hombre actual, no pretende forzar la muralla de otra raza, la ve desde su presente, en su realidad contemporánea. No fantasea ni especula sobre el indio remoto que le es ajeno. Va a lo suyo para construir su ámbito añorante; hace, precisamente, de la "añoranza", género y lenguaje propios, recoge "aislados recuerdos tras el naufragio en el tiempo". No ignora "que en toda niñez hay belleza ingenua y limpia, que es común y emociona". Y esta profunda verdad: "No es que mi vida le importe a nadie. Es algo más. La vida ha de importarnos a todos en su dimensión verdadera", que nos asocia en la memoria una aseveración similar de Anatole France, en *"El libro de Pedro"*: "Era insignificante mi vida, pero era una vida; es decir, el centro de las cosas, el eje del mundo". Naturalmente: cuanto poseemos. A partir de ese eje vital, de esa única posesión plena, Julio Julián desanda el camino hacia aquella edad preciosa, edén perdido. Una casa "con rumor de saraos", la suya, surge lejana en el recuerdo. Describe como un impresionista: "¿No hay silencios que guardan estallidos? Adobe y quincha: cholería costeña de terrón y caña tropical y mecedora. Señorío interior. Ebanos lustrosos en el salón alfombrado. Y el techo llorando cristales. Atrás, el patio pintado de luz y un intenso perfume de azahares alcanzando la alcoba. Medianoche"... Todo está sugerido, tradición, aromas, misterio de la hora nocturna, peligro escondido. En la mente del niño ronda la amenaza del diablo. No consigue saber cómo es. Zumban peligros en el aire. La inocencia se conmueve con torvos signos de revolución. Merodean los enemigos. Merodean los diablos. ¿Los verá al fin? Y con suma finura, y patetismo, el autor, en frases nerviosas, con diálogos truncos, rememora la revelación tremenda para la criatura que asiste, oculta, a la escena de violencia y crueldad protagonizada por los soldados que invaden su casa: por fin, los ha visto; por fin lo sabe: ha descubierto, en el color de los uniformes, que eran azules los diablos que aterrorizaban su conciencia nuevecita. No los olvidará: Aquel niño, miraba: "Miraba para toda la vida". ¿Puede decirse con más intensidad el relámpago de una experiencia inolvidable?

El volumen encierra páginas de gran eficacia, de ceñido lenguaje, que tiene la virtud de abstraer, de detener el curso del tiempo, como si lo narrado se demorase en una zona ajena a lo real; no bautiza a sus indios o sus cholas; son tipos, un elemento más casi subjetivo, de un paisaje igualmente idealizado, poetizado a partir de su verdad cruda y desnuda, que él siente, ante todo, y quizás por sobre todo, estéticamente. La joven indiecita que cruza hacia su destino signada por la maternidad, es ante todo un símbolo de sus iguales: "Y sin saber nada que no fuera su pasado y nada que no fuera su angustia cruzada de esperanza, empezó a caminar con la vida a cuestas".

Julio Julián evidencia una clara ternura por los motivos de su tierra y su historia, su medio y su gente, y aunque no pretenda identificarse con sus problemas, los siente y vive como peruano, los abarca con comprensión y simpatía humana. El gran tema andino no podía faltar como motivo de su creación y su preocupación. Pero él está, principalmente, en sus "Añoranzas": es su mejor manera de comunicarse, aquella en la cual se mueve más a gusto su estilo ágil, inquieto, donde la frase se rompe y entrechoca impelida por un discurrir interior que traslada al papel palabras clave, sólo las necesarias para sintetizar un proceso mental que vibra y sugiere todo, sin necesidad de explicitarse.

Por el sendero de la evocación, su casa es el centro del universo. Frente a la puerta pasan vendedores ambulantes, gentes anónimas, el turbión de la vida exterior. Desde la azotea, domina el mundo. Vive los años del primer aprendizaje, tan decisivos siempre, entre las palabras "tiranía" y "conspiración" que andan por el aire. Pero se le aferra al alma como una melancolía precoz, la imagen callejera que le llega a través de rumores característicos:

> "Desde lejos, pregones de la tarde apagados por la distancia: el toque lánguido de la corneta heladera que nunca se sabe si viene o va, y la oferta del cholo de rosca y alpargatas que pasa solemne con el bizcocho y alfajores en el ataúd de vidrio que lleva en la cabeza. Desde cerca, el pregón de la revuelta".

Tiene la gran virtud de la síntesis jugosa y expresiva. En cortas líneas sabe definir y subrayar la silueta de un personaje:

> "En Pisco, unas manos enormes, morenas, y una cabeza tostada de cortos cabellos blancos. Sobre los hombros, trabajo. Mi abuelo espera sentado en su silla frente al mar, meditativo, apoyada la barbilla sobre las manos y éstas sobre el fuerte bastón. ¿Qué pensará mi abuelo? Tiene una mirada triste y dulce cruzada a veces por un fulgor auriverde".

No se requiere más para dar sensación de soledad, abstraimiento, ausencia reflexiva del hombre ante la insondable perspectiva del mar.

Tampoco falta la chispa de humorismo y travesura con que se ve, despabilado —por demás— don Juan de seis años, único niño en un colegio de señoritas, que debe abandonar porque "no dejaba en paz a las niñas"; la Directora recomienda otra escuela: "hay un diálogo entre la estatua de la Libertad y mi madre". Y tempranito supo que "¡Las manzanas todavía están prohibidas!"

La actitud conmovida y reminiscente, sin amargura pero con nostalgias, le procura, en ese paraíso perdido, los mejores materiales para una literatura de moderno equilibrio, más cosmopolita en su acento de lo que suele serlo en la mayoría de sus compatriotas, tan custodiados siempre por el cronicón y la leyenda. Sin embargo, en lo más hondo, por más tierras y gentes diversas que haya visto y tratado, no puede olvidar, como resumen de su primer universo, aquél que cabía en una azotea, "campo de mataperradas", donde con sus hermanos, primos, amigos, discutía y jugaba de niño. El tono sonriente no engaña: hay detrás una emoción estrangulada. Pero vale más cederle la palabra:

> "Responden a nuestros gritos el aspaviento de los gallineros y los ladridos insistentes y alarmistas de algún perro amarrado. En tanto, sigilosos y elásticos, los gatos hacen equilibrio sobre cornisas imposibles y salvan los obstáculos sin dificultad entre cachivaches ajenos: una silla rota con su resorte afuera como rebelde interrogación contra tanta fuerza opresora..., la podrida fusilería de los palos de escoba, ese atado de trapos de algún golfo impenitente, aquel ventanal sin vidrios que perdió su recato, las rumas de viejas y nudosas tablas sufriendo sus clavos mohosos y, en medio de ese cuadro marchito, con escondidas intimidades ya olvidadas, la ampulosa y desportillada tina amarillenta, asistida, cual una reina exilada, por la rancia corte de latas y cajones vacíos que aún pregonan sus propios títulos y excelencias, botellas empolvadas de largo cuello, rubias canastas despeinadas, y la oriental alambrada de tejido poligonal tras cuya morisca celosía las gallinas pudorosas regalan huevos y los pavos esperan, muy gordos y orondos, la hora fatal".

¡Qué deleite, qué amoroso embaimiento, qué sensibilidad a flor de alma en esos recuerdos de los que Julio Julián ha hecho brotar, como un prestidigitador, la infancia eterna, la de todos los niños del mundo que temen —no importa de qué color los conciban— los diablos azules que están acechando el despertar del hombre!

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



CIUDAD ALTA Y HONDA

QUITO, balcón de los Andes, escribió el poeta del himnario. Y el viajante de morosas errabundeces buscó el paseo trepador de las colinas para ver a la ciudad en una de las tantas estampas cubistas que se recortan contra el cielo, al paso de los horizontes diversos. Y en la imposibilidad de dominarla en su entero panorama, pidió el avión, sin que lograra contentarle tal vista de pájaro. Porque a Quito hay que irla reconociendo y sólo en los repasos y en los divagares, se la penetra y se la contempla y hasta el habituado a lo que en su quebradiza unidad es variación constante, acaba por advertirla, en muchas veces, nueva. Así ha de sorprender inesperadamente al mismo que dijo conocerla por completo y por sobre cuya cabeza fugaron detalles pintorescos o momentos de luz, como el de observar ese alero prendido en el ocaso, que no resaltó sino a merced de la nube auribronceada de una de estas tardes serranas.

Ya no vuelan sobre el Yavirac las adoraciones solares. Pero desde allí se puede ver a la ciudad, como recostada, tendida en las rúas, para subir de nuevo, como si hubiera tomado impulso en el tiempo, hacia la ondulación de otras colinas.

Atalaya de San Juan, en donde los indios elevaban sus oraciones a la luna, claro romántico después, caído en desuso lírico y vencido por el lampo de la millonaria bujía. Pocas moradas quedan ya, soportadas por el estribo arquitectural, en esas calles rampantes, pero desde sus altas azoteas puede asistirse a la teoría de luciérnagas que han esquivado la línea recta, para decir al contemplador noctívago que la ciudad quitense salvó, desde antaño, de su destino tirado a cordel, por más que el suyo fuera el de vivir en la hondura de lo alto, elevada y presa a la vez.

Ciudad de subir y resbalar, lo primero a lomo de cuesta y lo otro con el respiro que se distiende. De tal modo, el paseante que se hallase en la plaza rectangular de Santo Domingo, daría, como cayendo, en la Calle de la Ronda, esa arteria pintoresca incrustada en la entraña de Quito. Allí en donde es fama que se batían en duelo a la luz de las farolas y frente a las rejas de otra edad. Callejuela de aire toledano, introvertida pero multiplicadora de los ecos, que se afila con el viento agudo y endurece las siemprevivas de sus tejados con soles equinocciales.



La Plaza de San Francisco, corazón de Quito, de añeja severidad y geometría española.



La Ronda, callejuela de aire toledano, introvertida pero multiplicadora de los ecos.

Al pasar bajo sus arcos pétreos se revive alguna imagen castellana. Arco de la Reina que sostiene al viejo Hospital de San Juan de Dios y deja que vuele la visión, calle arriba, hacia las rampas del Panecillo en donde se asienta el pequeño fortín del cañonazo patriótico. O Arco de Santo Domingo, labrado y consistente, sobre el cual se asientan las redondeadas cúpulas de la Capilla del Rosario, y que parece también otro objetivo desde el que parte la vía plana hacia el horizonte de la loma.

Plaza franciscana de añeja severidad, que se ha interrumpido de repente con las líneas del edificio que muestra el equilibrio del nuevo siglo y las ventanas de recibir la luz que ya no se derrama, como antes, sobre el patio anchuroso. Plaza de geometría española que se abre a los caminos que suben, que siguen a ras de las murallas, para encontrarse con los símbolos penitenciales de la Cruz Verde. Calles estrechas que llevan hasta los linderos de San Diego, en donde se han podado las paredes de cipreses de su cementerio que se levantaban en oprimida boscosidad, pero que se recuesta contra una arboleda que también sube hacia el Pichincha, y que nos da la impresión de que, en llegando a lo alto del más elevado eucalipto, estaríamos ya de viajeros en nube.

Caminos de la Tola, también hondos y altos, en ascención al Itschimbía. O ya de salida, encontrándose con el perfil volante del Libertador Bolívar, raudo sobre el espacio, hacia la izquierda, la escalera de piedra de cien peldaños, para la nueva subida.

Detrás de la centenaria Alameda, en donde la cicatriz del árbol ya no admite la gracia verdeante del retoño y en donde el orador doceañista Don José Mejía no acaba de enfriarse en su menguada escultura salina, se tiende el dilatado parque, con sus promesas de mayo, que son las del reflorecimiento. Y allí comienzan los nuevos kilómetros de la ciudad remozada, jardinera y un poco aerodinámica, de torrecillas de cemento, de vitrales de acuario, de celulares recintos.

Más el paseante de morosas errabundeces, suele volver al Quito viejo con su tema de perseguir una luz de hornacina.

Augusto ARIAS

(Especial para EL DIA)

Quito, 1964.



Las veredas de las colinas de Quito (San Juan, o el Paseo Escénico) descubren bellas estampas de la ciudad.

PULPERIAS DE LA CISPLATINA

LAS versiones más aceptadas de la etimología del vocablo pulpería pueden condensarse en la erudita opinión del Dr. Daniel Granada, que transcribimos, inserta en su "Vocabulario rioplatense razonado", considerado como aporte imprescindible para el estudio del folklore uruguayo.

"Es la pulpería un compuesto de abacería y taberna. Viene la voz de pulque, según Solórzano (Polít. in.), que es una bebida espirituosa que extraen en México de las hojas del maguey, de donde también el llamarse pulquería a la tienda en que lo despachan.

Pero esta etimología es dudosa; pues Garcilaso de la Vega (Coment. real) nos cuenta que por el tiempo en que ocurrió la muerte del virrey don Antonio de Mendoza andaban todos tan belicosos en el Perú, que diariamente había pendencias y desafíos, no ya entre la gente principal y soldados famosos, sino también entre mercaderes y toda clase de tratantes y hasta entre pulperos (dice el inca escandalizado), nombre impuesto a los más pobres vendedores, porque en la tienda de uno de ellos hallaron vendiéndose un pulpo. Además, cuando las leyes de Indias tratan del pulque, llaman pulquería a la tienda donde lo expenden, y si del abasto o mantenimiento de las poblaciones, no omiten decir pulpería".

Llamada en Chile, indistintamente, chingana, ramada y despacho; en Colombia, chichería; en Buenos Aires, esquina, por la antigua costumbre de ubicarlas en los ángulos de las calles de esta ciudad, en nuestro medio se conocieron también con el nombre de casas de trato o de abasto.

No ha llegado a nuestro conocimiento la existencia de pulperías instaladas en la Banda Oriental en el siglo XVI, ya sea en las efímeras poblaciones de San Salvador y Río de San Juan como en la Colonia del Sacramento. Quizás las hubiere en Santo Domingo de Soriano, "pueblo muy comerciante", que llegó a tener "más de 600 familias" o en alguna otra reducción soriana.

Montevideo, en cambio, ya en 1724 contaba con pulperías: la que instalaran en sociedad, Jerónimo Eustache, más conocido entre los colonos de la época por Pistolete, y el capitán Pedro Gronardo, práctico del río de la Plata, cuya actividad finalizara muy pronto, ante el fin trágico de ambos.

Nosotros aquí nos referiremos brevemente dada la amplitud del tema, a las pulperías establecidas en la Cisplatina, período en que se extendieron como mancha de aceite a lo largo y a lo ancho de todo el territorio nacional. Un estudio más amplio del tema aparecerá publicado en la próxima entrega del Boletín Histórico, editado por el Estado Mayor General del Ejército.

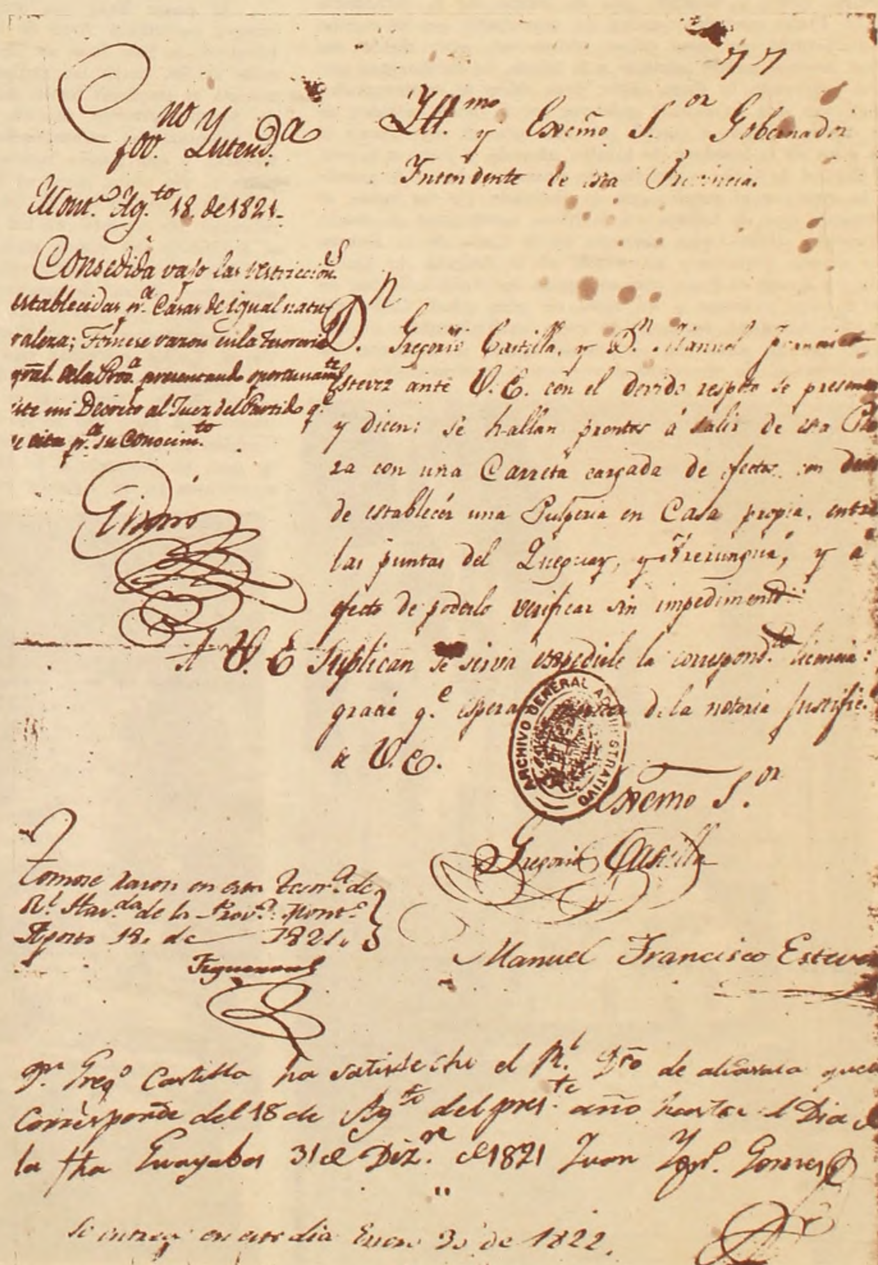
Ese observador perspicaz que fuera el sabio naturalista francés Auguste de Saint Hilaire, nos ha dejado esta descripción de una pulpería establecida en el pueblo de las Vacas, al que llegara el 19 de diciembre de 1820.

"En una aldea de igual población apenas en Francia habría una taberna; pero aquí hay por lo menos media docena. Es allí donde los indios y los mestizos pasan la mitad de su vida, dejando el poco dinero que ganan. Las tabernas, en todo este país, son absolutamente parecidas a las de Brasil. Botellas de aguardiente, comestibles, ponchos, algunas telas, un poco de mercería y de quincallería, están colocados sobre tablas. Un ancho mostrador se extiende de una pared a otra paralelamente a la puerta y forma una barrera entre el comerciante y las mercaderías de un lado, y los compradores o los bebedores del otro. Estos se mantienen parados, a veces se recuestan sobre el mostrador, charlando tristemente, jugando o cantando sus estribillos lánguidamente, mientras que el caballo espera pacientemente en la puerta".

Por lo visto dichas pulperías estaban más provistas de aguardiente que de comestibles dado que el también naturalista francés Alcides Dessalines D'Orbigny, visitando nuestra campaña en enero de 1827, no pudo encontrar en Canelones, capital de la Provincia y sede del Gobernador, ni pan ni bizcochos y en San José, ni carne siquiera.

Tiempo después, en 1832, Charles Darwin, cuando el crucero del "Beagle", en una fugaz permanencia en el pueblo de Minas, le bastó llegar a una pulpería para darle ciudadanía moral a sus parroquianos: zalameros e hipócritas. Así se expresa en "Viaje de un naturalista alrededor del mundo":

"Pasamos la noche en una pulpería o tienda de bebidas. Un gran número de gauchos acude allí por la noche a beber licores espirituosos y a fumar. Su apariencia es chocante; son por lo regular altos y guapos, pero tienen impresos en su rostro todos los signos de la altivez y del



77

Gob.no y Intend.a

Ilt.mo y Excmo S.or Gobernador Intendente de esta Provincia.

Mont.o Ag.to 18 de 1821.

Concedida vajo las restricciones establecidas p.a Casas de igual naturaleza; Tómese razon en la Escrivanía gral. de la Prov.a presentando oportunamente ... mi Decreto al Juez del Partido q.e ... p.r su Conocim.to

[firma]

D. Gregorio Castilla, y D.n Manuel Francisco Esteves ante V.E. con el devido respeto se presentan y dicen: se hallan prontos á salir de esta Plaza con una Carreta cargada de efectos con destino de establecer una Pulpería en Casa propia, entre las puntas del Queguay, y Arerunguá, y á efecto de poderlo verificar sin impedimento.

A V.E. Suplican se sirva concederles la correspond.te licencia: gracia q.e esperan de la notoria justificación de V.E.

Excmo S.or

Gregorio Castilla

Manuel Francisco Esteves

Tomose razon en esta Escrib.a de R.l Hac.da de la Prov.a Mont.o Ag.to 18 de 1821.

Figueroa

D.n Greg.o Castilla ha satisfecho el R.l Dro. de alcavala que corresponde del 18 de Ag.to del pres.te año hasta el Dia de la fha. Guayabos 31 de Diz.re de 1821 Juan ... Gomez

Se entregó en este día Enero 30 de 1822.

Una de las numerosísimas peticiones elevadas al gobernador Juan José Durán para instalar pulperías durante la época cisplatina. Casi todas estaban redactadas en el mismo estilo.



Besnes Irigoyen nos legó este valioso aporte iconográfico de la pulpería de Manuel López, situada entre el arroyo de la Virgen y el Santa Lucía, a la que llegara en la mañana del 31 de marzo de 1839. En estos ranchos de tosca empalizada un "trozo de género de color colgado de una caña" señalaba su tentadora presencia al viajero.

desenfreno; usan a menudo el bigote y el pelo muy largos y éste formando bucles sobre la espalda. Sus trajes de brillantes colores, sus formidables espuelas sonando en sus talones, sus facones colocados en la faja a guisa de dagas. facones de los que hacen uso con gran frecuencia, les dan un aspecto por completo diferente del que podría hacer suponer su nombre de gauchos o simples campesinos. Son en extremo corteses; nunca beben una copa sin invitaros a que los acompañéis; pero tanto que os hacen un gracioso saludo, puede decirse que se hallan dispuestos a acuchillaros si se presentara la ocasión".

Personas de elevada condición social fueron las que instalaron casi todas las pulperías de la época, en nuestra campaña.

Atento a un oficio que en 1821 elevaran acaudalados hacendados de la Provincia al Gobernador Intendente, Durán, refrendado por Thomas García de Zúñiga, Diego Martín Martínez, José Ramírez, Félix Maz, Manuel José Gutiérrez, Alonso Pelaez Villademoros, Santiago Arce y Salvador Antonio de Quintana, se dispuso atender sus demandas que fueron consideradas tan "justas y legales", que se hacía responsables a los Jueces "de su no observancia".

Fundamentalmente dichos hacendados habían propuesto se adoptara la medida de prohibir en la campaña bajo las más rigurosas penas las pulperías volantes y que las estables sólo pudieran fijarse en las estancias de los vecinos principales, "haciendo responsables a éstos de los excesos que se hagan y puedan cometer con los demás vecinos: que en punto a las ventas de cuero, no puedan hacerse sin anuencia del Juez del Partido, evitando de esta suerte los robos que con tanta frecuencia sufren los Hacendados en las ventas generales por qualquiera individuo".

Con la derrota definitiva de las huestes artiguistas, los postulados del Reglamento Provisorio que pretendían sedentarizar al gaucho, con el triple propósito de crear una verdadera clase media rural; brindar a los que nada tenían un bien que luego quisieran conservar, comprometiéndose así decididamente con la Revolución y tratar de encauzar y contener las frecuentes depredaciones de tierras y ganados —como lo advierten con perspicacia los jóvenes historiadores José P. Barrán y Benjamín Nahum— eran ya letra muerta en la realidad de nuestra campaña.

En el oficio citado los miembros dirigentes de los hacendados concretamente solicitaban al gobernador Durán "que ningún propietario permita en su casa hombres vagos y sin ocupación conocida, debiendo también ser al cargo de los jueces territoriales zelar sobre el particular, y examinar el vecindario de muchos, que sin más título que el de haber construído un triste rancho se apellidan vecinos, cuando no son más que aposentadores de ladrones, con quienes están unidos para cometer todo género de excesos en las estancias vecinas".

PROSIGUE EL VIEJO CONFLICTO ENTRE LOS OCUPANTES DE TIERRAS Y EL TERRATENIENTE LEGAL.

La situación era indudablemente muy distinta para otros hombres que quedaban en posesión de grandes extensiones de campo con sólo denunciarlas a la Superioridad como vacantes; para los que se veían favorecidos con licencias para tomar ganados alzados para poblar o repoblar estancias como ,entre tantos otros, Fernando Otorgués, Juan Camilo Trápani, María Francisca Viana de Oribe, Simón del Pino, etc., etc.; para los vecinos del norte del Daymán y Olimar que el Cabildo de Montevideo autorizaba "traficar libremente con sus ganados a excepción de las vacas".

En el desorden económico y áspero primitivismo de la época, la pulpería fue en nuestra campaña el único centro de convivencia social.

Los permisos de instalación se solicitaban por escrito al gobernador Durán, quien concedía la respectiva licencia siempre que se cumplieran las disposiciones vigentes, cuya prohibición era extensiva únicamente a los mercachifles y a todos los que andaban en carretillas o carretas vendiendo bebidas y otros artículos por la campaña, a los que se consideraba como explotando pulperías volantes.

Dicho permiso debía ser presentado al Alcalde o Juez Comisionado del lugar en que se instalaría el postulante, previa la debida toma de razón en la Tesorería Gral. de la Real Hacienda.

Las ordenanzas establecían la obligación de entregar a las arcas del Estado, "por vía de composición" en cada año, 30 pesos en la plaza de Montevideo y su jurisdicción. La recaudación estaba a cargo de receptores particulares nombrados por los respectivos Ministros de Real Hacienda, "abonándose sobre el total de las cobranzas a razón de un 6 % por la del Pueblo y un 30 % por la Campaña con respecto a su maior responsabilidad y gastos". Tarea ésta en la que eran auxiliados dichos receptores por los Alcaldes y comisionados de cada región.

En la mayoría de los casos las pulperías estaban ubicadas en nuestra campaña, estratégicamente, en lo alto de un vado de río o arroyo caudaloso. También sobre alguna loma o en el cruce de los escasos caminos de la época. Su proliferación en ciertas poblaciones se debía a la presencia de escuadrones de milicias y fuerzas regulares de la Provincia.

Valerosas mujeres regenteaban algunas. Seguían el ejemplo de quienes les habían precedido en el tiempo con recia entereza y estoica decisión, entre ellas, permítasenos destacarla, Dña. Andrea Toscano, madre del Gral. Fructuoso Rivera, que instalara su pulpería en el Miguelete, en los comienzos del siglo XIX.

De función civilizadora, económica y política, es innegable que muchos de los pulperos, perdidos en la inmensidad de los campos silentes, contribuyeron a poblar y enriquecer nuestra campaña.

Pregón de noticias, guía en el pago, "los hombres se acercaban a ella" —lo decimos con palabras de Serafín J. García— "empujados por una honda e imperiosa necesidad de confraternizar, de comunicarse entre sí, a través de la palabra, aliviando de tal modo el peso de la abrumadora soledad en que transcurrían sus vidas, erizadas de peligros y dificultades".

Conservando aún rasgos de la pasada pulpería, el actual comercio campesino de ramos generales, sigue siendo punta de lanza del progreso de distintas latitudes del país, por su señalado aporte a la evolución de su medio y al proceso de la convivencia humana.

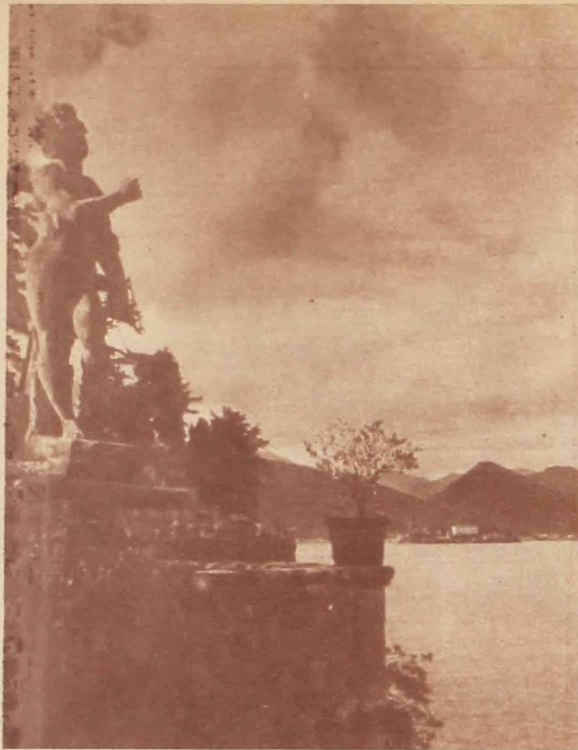
Aníbal BARRIOS PINTOS

(Especial para EL DIA)



Antigua pulpería cuya edificación ha subsistido hasta nuestros días: la de Villamil, situada en San Jorge (Depto. de Durazno).

SERENIDAD LACUSTRE



Naturaleza y Arte en la serenidad lacustre.

COMO contraste a la severa majestad de los Alpes, la Naturaleza creó los lagos. Los Alpes dejan en el ánimo una impresión de potencia; los lagos, una impresión de calma, sea cuando sus plácidas superficies centellean bajo los rayos del sol, sea cuando las aguas trémulas vibran a la suave luz de la luna.

Y parece que esa calma se extendiera también a las cosas. He aquí, por ejemplo, el río Toce: sus fuentes están a dos mil trescientos metros sobre el nivel del mar, en la vertiente meridional del Paso San Giácomo entre los Alpes Peninos y Lepontinos; de allí las aguas caen con estruendo en abismos inverosímiles, precipitan con fragor de trueno por la cascada de la Frúa desde ciento cuarenta metros de altura, alimentan doce centrales hidroeléctricas mientras corren mugiendo por los Valles Formazza, Antigorio y d'Ossola hasta que afluyen, por último, calmas y silenciosas en el golfo occidental del Lago Mayor, como dominadas en su furor por la suave tranquilidad de las aguas del lago.

¿Por qué llamarlo Lago Mayor? Millares de lagos se encuentran engastados como joyas resplandecientes entre las montañas de Italia, algunos a alturas prodigiosas, como el Lago de la Magdalena en el Valle del Stura; otros al mismo nivel del mar, como el Lago de Averno cerca del Golfo de Baia o los de Varano y Lésina en el Promontorio del Gargano. Y de todos esos millares de lagos, grandes y pequeños, el Lago Mayor no es el mayor; —como es sabido— lo es Lago de Garda en extensión, y el Lago de Como en perímetro y profundidad.

Es preferible, pues, llamar Lago Verbano —*Lacus Verbanus* de los romanos— al Lago Mayor, tanto más que en algunos mapas está indicado con este nombre, del cual derivan también los de Verbania Suna, Verbania Pallanza y Verbania Intra, tres pequeñas y hermosas ciudades de la orilla occidental que agregan a sus espléndidos panoramas una actividad industrial maravillosa.

El vapor que llega de Laveno, en la orilla oriental, toca estas tres pequeñas ciudades, cruza el golfo formado por el brazo occidental del lago y hace escala en la *Isola Madre*, la mayor y más septentrional de las islas Borromeas, cuatro islas paradisíacas que forman un minúsculo archipiélago. La vegetación en los jardines de la Isla Madre es asombrosa, y al encanto de esta vegetación se agrega el de un gran palacio antiguo y deshabitado que asoma entre los árboles floridos, los rododendros y las azaleas.

Seguimos navegando hacia Baveno, la ciudad que se refleja en las aguas de la ribera Sur del golfo y que no se enorgullece tanto de las hermosas villas enjardinadas que la forman como de sus inagotables canteras que se extienden hacia el Noroeste, hasta la desembocadura del Toce, canteras que hace seiscientos años proporcionaban mármoles y granito para el Duomo de Milán, y hace menos de cien años. mármoles y granito para la monumental Galería Vittorio Emmanuele de la misma ciudad.

A este propósito conviene recordar la obra de los "campesinos de mucho talento" quienes, en el año 1177, excavaron un canal de cincuenta kilómetros de longitud para llevar las aguas del río Tesino hasta Milán. El río Tesino nace en la vertiente septentrional del Paso San Giácomo, describe una gran curva por Val Leventina, afluye al Lago Verbano —o *Mayor*— y sale de la punta meridional del mismo para correr por unos cien kilómetros más confundir sus aguas con las del Pó. Excavar un canal entre el Tesino y Milán significaba, pues, unir por vía fluvial esta ciudad con el Pó hacia el Sur y, a través del canal, del Lago Verbano y del mismo Tesino, con Suiza hacia el Norte.

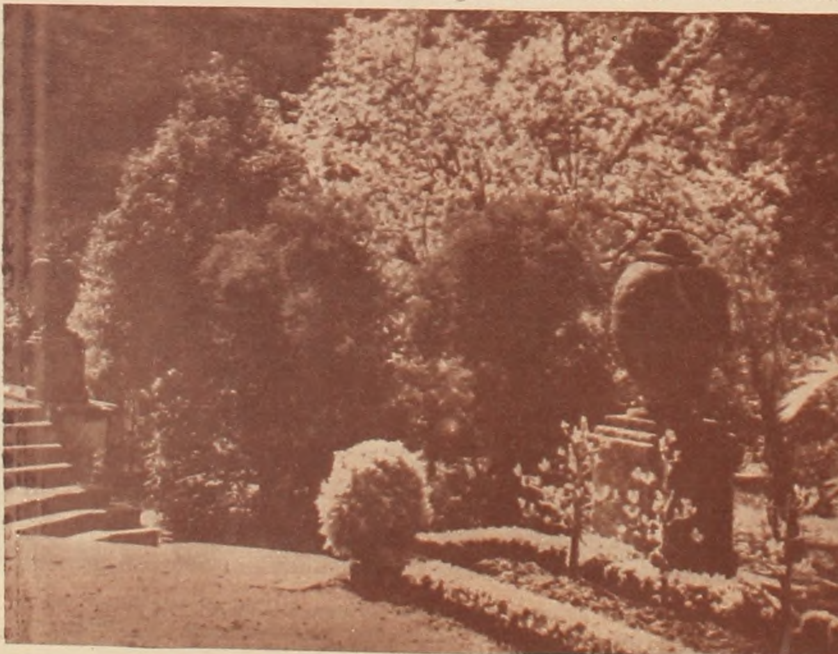
La obra se realizó, decíamos, en el año 1177; el canal se llamó el "Naviglio Grande" y servía —y sirve— para la agricultura, la industria y la navegación. Nadie conoce el nombre del proyectista ni del constructor de esta obra extraordinaria para la época en que fue ejecutada; dice un historiador que "tal vez sería un campesino de mucho talento" porque, debiendo salvar un desnivel de casi treinta metros en el primer tramo y no conociéndose las esclusas, hizo serpentear el canal para que la pendiente fuerte no impidiera la navegación.

Unos dos siglos después, por el año 1386, se inició la construcción del Duomo de Milán para el cual se consideró conveniente emplear mármoles y granitos de Baveno. Naturalmente, los de Baveno que proveían estos materiales utilizaron la vía fluvial para el transporte de los mismos hasta Milán. Pero, al entrar en Milán, el Naviglio quedaba lejos del obrador, y además había que salvar un desnivel muy pronunciado; entonces los conductores de las chatas —sin duda, también "campesinos de mucho talento"— detuvieron las aguas de modo que subiendo su nivel elevaran esas chatas y, ya a un nivel superior, navegaran hasta un barrio de Milán que se llamaba Santa Croce; desde allí llegaban a un lago situado cerca de la iglesia de Santo Stéfano, a unos trescientos metros al Sureste del Duomo, donde se descargaban los materiales y se transportaban por tierra hasta el obrador.

Aquel antiguo lago a cuyo nivel, haciendo subir la altura de las aguas, llegaban las chatas, ahora no existe más; sólo existe el recuerdo de su nombre en el de la



El Lago Verbano desde la orilla occidental.



La flora exuberante en los jardines de la Isla Bella.



La estatua de San Carlos en Arona



La Isla Bella.

actual Via Laghetto cercana a la citada iglesia de Santo Stefano. Lo que interesa —y lo que la ciudad de Baveno nos hizo recordar— es que cuando en el año 1452 Giambattista Alberti describió en su obra *De Re Aedificatoria* las esclusas que él había inventado, éstas ya habían sido inventadas y aplicadas un siglo antes —aunque en forma rudimentaria— por los "campesinos de mucho talento" que llevaban desde Baveno las piedras arrancadas de su tierra para que Milán levantara con ellas una obra grandiosa.

Baveno se aleja de nosotros; navegamos entre la costa y el pequeño archipiélago donde la Isola del Pescatori abre sus brazos de agua y de verde, y donde la Isola Bella, haciendo honor a su nombre, nos muestra todas sus galas. Aquí Vitaliano Borromeo construyó en el siglo XVII el palacio principesco para su residencia y fue el iniciador de la gran obra que transformó cuatro desnudos islotes —que ahora con toda justicia se llaman "Islas Borromeas"— en cuatro pedazos de paraíso caídos en el lago. Estatuas, fuentes, un soberbio jardín a la italiana con una gran escalinata que lleva hasta el agua adornan el palacio y la isla desde la cual se admira un panorama maravilloso. Hacia el Norte, la hermosa y solitaria Isola de San Giovanni, más allá las cándidas cumbres de los Alpes; hacia el Sur, donde terminan en el lago las estribaciones del macizo del Mottarone que eleva entre las nubes su cumbre nevada, blanquean los hoteles y los palacios de Stresa, en la orilla occidental del lago.

Una autopista, la Strada Statale Nº 33 y una línea férrea pasan por Stresa, porque el Lago Verbano está rodeado por dos líneas férreas que son entre las más importantes del mundo: la línea del San Gotardo en su orilla oriental y la del Simplón en la orilla occidental. Sobre esta última, las pequeñas ciudades de ensueño siguen desarrollándose como perlas de una corona: Belgirate, Lesa, Meina, Arona, hasta que las dos orillas del lago se van acercando hacia Sesto Calende donde sale el Tesino para pasar murmurando debajo de los puentes.

Arona es la ciudad natal de San Carlos Borromeo; una estatua colosal de treinta y cinco metros de altura, levantada a fines del siglo XVII, lo recuerda a la posteridad. La estatua es de cobre, a excepción de la cabeza y de las manos que son de bronce; es completamente hueca y una escalera interna lleva hasta la parte superior.

Frente a Arona, en la orilla oriental, el castillo de los Visconti domina la pequeña ciudad de Angera; el castillo es del siglo XIV, y casi como contraste, el norte de Angera la moderna central atómica de Ispra, con una potencia de trescientos mil kilowatios, constituye con las dos otras centrales de Latina y del Garigliano la actual colaboración de Italia a la utilización de la energía nuclear para usos pacíficos.

Dijimos que esta central atómica está puesta casi como contraste frente a los recuerdos del pasado y a las bellezas naturales; pero el contraste es aún mayor cuando recorremos los pocos kilómetros de carretera que unen Ispra con los lagos de Monate, de Comabbio y de Varese. Aquí entramos en el reino de los paleoetnólogos, sabios ilustres que han extraído y extraen de estas tierras y de las aguas de estos lagos tesoros prehistóricos sepultados hace sesenta siglos y que ahora enriquecen los museos de Italia y del mundo.

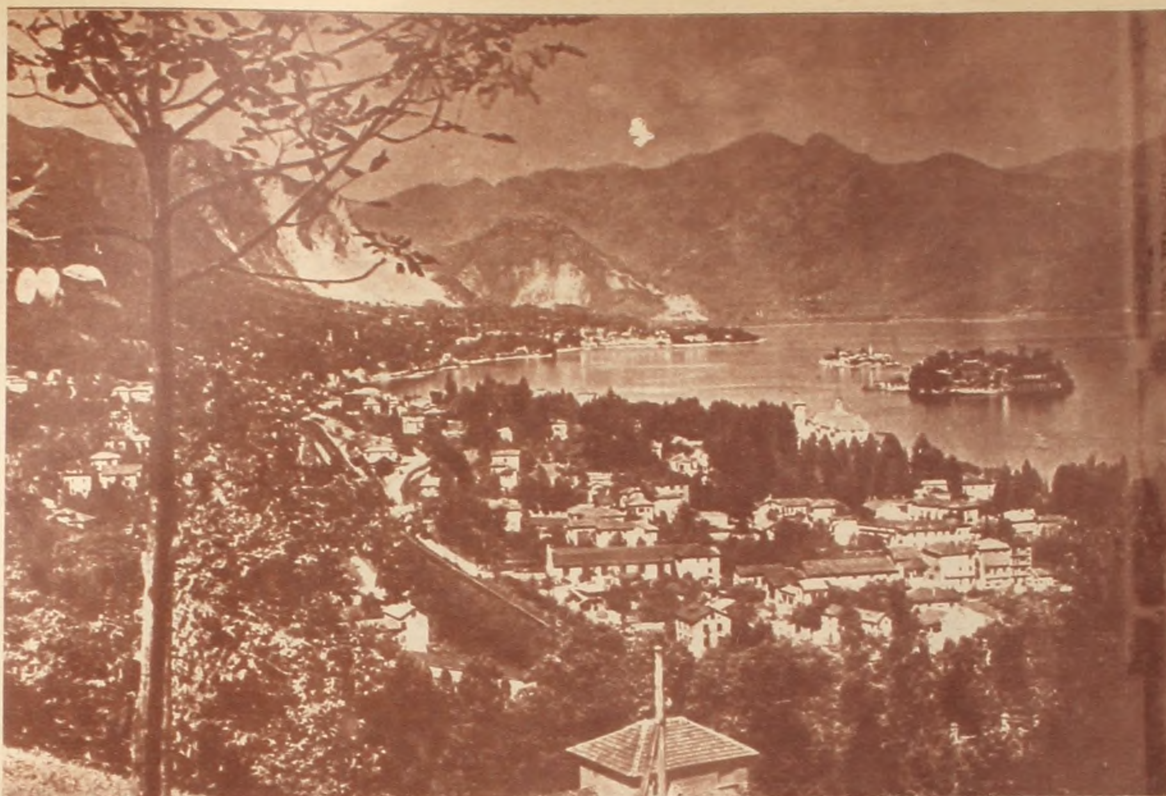
En las aguas tranquilas del lago de Varese se reflejan las montañas selvosas y las dos minúsculas ciudades de Gavirate y de Biandronno. Frente a Biandronno hay en el lago una isla que se llamaba *L'isolino* —la islita— antes que el profesor Ponti descubriera que ella se había formado sobre los restos de una antiquísima ciudad lacustre, de los cuales restos extrajo algunos objetos de bronce. anzuelos, hojas de cuchillo y puntas de lanza. Excavando a mayor profundidad, el profesor encontró instrumentos y utensilios trabajados en piedra y en huesos de jabalíes, de osos y de lobos; lo que demostraba que la ciudad lacustre había sido habitada por los primeros hombres neolíticos y por sus lejanos descendientes de la primera edad del bronce.

Por estos descubrimientos los sabios paleoetnólogos, reunidos en el Congreso de la Sociedad de Ciencias que tuvo lugar en el año 1878, resolvieron bautizar *L'isolino* con el nombre de Isola Virginia, en honor de la señora Virginia Ponti, digna esposa del profesor; demostración evidente de la caballerosidad de los sabios paleoetnólogos.

Y he aquí que de las islas Borromeas y de la central nuclear hemos llegado, en un recorrido de pocos kilómetros, donde los itálicos primitivos lograron no sólo conservar su existencia entre los grandes cataclismos que cambiaban la faz de la tierra, sino a extenderse y a multiplicarse de tal modo que, durante sesenta siglos, desde los Alpes a los extremos de Sicilia no hay lugar que no hayan embellecido con su presencia.

Ing. Enrique ***CHIANCONE***

(Especial para EL DIA)



Stresa. Panorama.





La Isla Madre; la de Los Pescadores; y la Isla Bella

Una muralla protectora circundaba a la ciudad, dotada de torres y otros elementos de protección. Sólo existían algunas entradas, formadas por imponentes portales de arquitectura significativa, por donde las rutas accedían hasta los varios centros de la ciudad.

ELIEL SAARINEN

*

EL romancero medioeval teje una leyenda alrededor del nombre de Carcassonne, en época de Carlomagno. La ciudad sufría un sitio que llevaba varios años y el hambre se hacía sentir entre los sitiados. La dancia increíble de víveres, deciden levantar el sitio y mientras los sitiadores se retiran, "dame Carcas" hace sonar las trompetas: "Carcas sonne" (Carcas llama), gritan los sitiados; "Carcas sonne", repiten los sitiadores. Tal es el origen —según las canciones de gesta medioevales— del nombre de la ciudad que nos ocupa.

El origen de Carcassonne se remonta a la época de los romanos, en que éstos habían establecido una colonia (Julia Carcaso), en el siglo I a.C. En dicha época, por su ubicación en un promontorio, dominando el pasaje de toda la zona de Aquitania hacia Italia a través del río Aude, debía consti-



Vista exterior de una de las "rosas" de Saint-Nazaire. Gran parte de la decoración externa es debida a Viollet-le-Duc.

patrona de la ciudad, "dame Carcas", imagina una estratagema para desconcertar al enemigo. Con el poco trigo que les quedaba, ceban una cerda hasta atiborrarla, la tiran por encima de las murallas y se despedaza contra los peñascos, ante la mirada atónita de los sitiadores que ven en las entrañas, las muestras del extraordinario y postrer festín del animal.

Juzgando por ello que existía una abun-

tuir un campamento militar de indudable importancia estratégica. En esta región, Narbonne tenía el predominio político y Toulouse era un centro intelectual, característica que ha conservado hasta nuestros días.

Bajo el reinado de San Luis, éste, en castigo por la disidencia religiosa de los albigenses, ordena destruir las casas que se habían construido fuera de las murallas, pero permiten que se trasladen los habitantes al otro lado del río Aude, lo que constituye el origen de la actual "ciudad baja".

Poco a poco, con el progreso de las armas de fuego, el significado militar de la ciudad fortificada, desaparece. Es así que, paulatinamente se va destruyendo, en parte bajo la acción del tiempo — y la falta de mantenimiento — y en parte bajo la acción demoledora de la población vecina, que la utiliza como cantera. Ocurre con Carcassonne algo análogo a lo que comentáramos desde este mismo Suplemento con el castillo de Pierrefonds, en que también, más devastador que los agentes atmosféricos, fue el pillaje al que se le sometió.

Y también como en Pierrefonds, su cuidado y restauración se deben al mismo hombre: al arquitecto Viollet-le-Duc, quien en pleno período romántico, era un ferviente admirador y conocedor de lo medioeval. Ya el escritor Próspero Merimée, con su pluma, había hecho una campaña en favor de la reconstrucción de la que otrora fuera ciudad inexpugnable. Pero es a Viollet-le-Duc a quien, con la anuencia de Napoleón III, se debe el que la ciudad haya llegado hasta nuestros días. A partir de 1844 se comienza la reparación y restauración del inigualable



Plano de la ciudad de Carcassonne, en el que puede apreciarse el contorno de las murallas, la ubicación del castillo condal y la iglesia Saint-Nazaire.

monumento, obra que se proseguiría hasta nuestros días.

Se compone, esencialmente, de tres murallas, como puede apreciarse en el plano: la muralla exterior (de unos 1.500 metros de longitud), la interior (de 1.100 metros) — entre ambas queda el espacio denominado *liza*, en el que se realizaban los torneos — y, finalmente, la muralla que defiende al castillo. El acceso podía efectuarse a través de dos puertas: la de Aude y la Narbonnaise, protegidas ambas con todos los perfeccionamientos del arte constructivo-defensivo de la época.

Vemos, pues, que la preocupación dominante del urbanista medioeval, era la defensa. Las razones militares determinan el trazado, en aquellas épocas de inestabilidad política y de continuas guerras. La ciudad debía desarrollarse, por lo tanto, dentro del ámbito de las murallas y debía preverse, además, el caso de un largo sitio, para aprovisionarse y almacenar todo lo necesario para subsistir durante el tiempo que durara.

Dentro del recinto, las calles no están delineadas de acuerdo a ningún plan geométrico regular. No debemos olvidar que en aquel entonces, se transitaba exclusivamente a pie o a caballo y las vías de comunicación contemplaban tal circunstancia. La razón de apremio, que hoy es rectora de todo trazado urbanístico —cuya consecuencia es la línea recta—, entonces no existía. Antes bien, se procuraba dar al transeúnte un panorama cambiante, irregular, siempre rico en perspectivas insospechadas. Las calles eran por ello, sinuosas, estrechas, con súbitos ensanchamientos, donde se reunían los pobladores para comentar las novedades del día. Su diseño nos recuerda el cauce de los ríos, aparentemente caprichoso, con *recodos y embalses*: un curso natural en una palabra y no una obra meditadamente prevista.



Las murallas y el castillo

UNA CIUDA

Frente a la Catedral y a la Municipalidad el ensanche es aún mayor, formando plaza en las cuales pudiera reunirse el pueblo, e ocasión de algún acontecimiento especial.

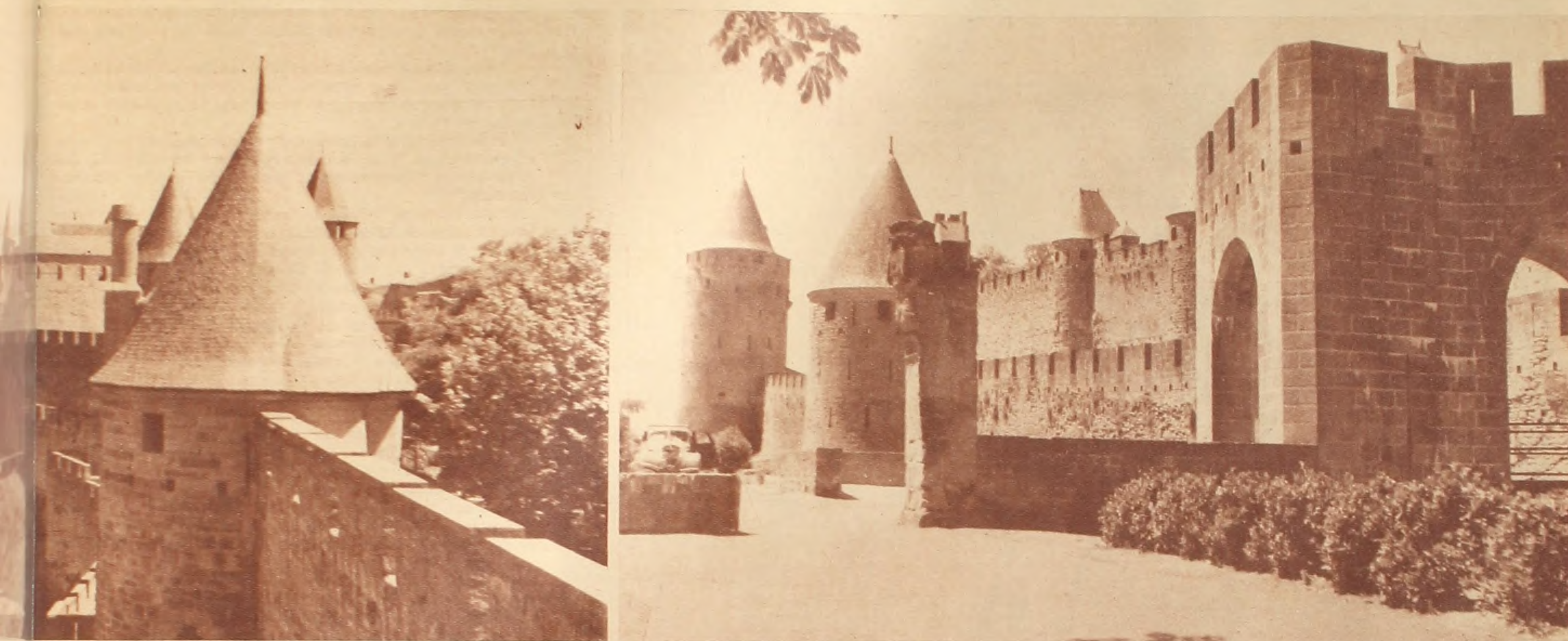
"Cada calle, cada sendero, cada ángulo cada plaza —decía Saarinen, refiriéndose la ciudad medieval—, era un rasgo urban bien conocido por los ciudadanos de la co munidad. El trazado no era para ellos con fuso, sino por el contrario, funcional, prác tico, familiar y por sobre todo, intimament placentero, como debía ser la amada vill natal."

Esa disposición tan irregular de las vía de comunicación tenía, además, su razón mi litar: si por azar las murallas no podía detener al enemigo y éste quería internars en la ciudad, el desconocimiento de la mis ma con sus intrincadas callejuelas dificul taba su marcha, mientras que los pobladore conocedores palmo a palmo del terreno vendían cara su libertad y muchas vece lograban diezmar al enemigo con las em boscadas que le tendían en su marcha.

Es bueno, para apreciar la importancia d los ataques a los que debían hacer frent ciudades como la que nos ocupa, recorda cuáles eran las armas de que podían valers los eventuales sitiadores. La catapulta era sin duda, el arma más eficaz, capaz d lanzar proyectiles —piedras de más d 100 kg— que destruían los muros de de fensa. Además se lanzaban por su inter medio teas incendiarias y desechos que pu dieran causar pestes, las cuales, junto co el hambre, eran generalmente los mejore aliados de que disponían los sitiadores.

Para comprometer la estabilidad de la murallas —aparte de la acción destructor de las catapultas—, se usaba con frecuenci el procedimiento de socavar los cimientos para lo cual construían verdaderas galería subterráneas, calzando aquéllos con punta les de madera, a los que, una vez retirado los "zapadores", se les prendía fuego. Al perder el sostén, el muro se desmoronaba abriéndose así una brecha que era en se guida explotada por los atacantes.

La otra maquinaria empleada en los asal tos era el ariete, cuyas dimensiones podían ser muy variadas. Los más grandes, necesi-



..., desde el que se domina toda la región circundante.

La puerta Narbonnaise estaba sólidamente defendida. En primer plano se ve la muralla exterior y, más atrás, la muralla interior de la época visigótica.

...TIPICAMENTE MEDIOEVAL: CARCASSONNE

...taban más de cien hombres para darle el movimiento de vaivén, cuyo choque era de una violencia enorme y capaz de desfondar las portadas más resistentes.

Finalmente, queda por señalar la torre rodante, obra maestra de los carpinteros de la época que —de altura mayor que las murallas—, se hacía rodar hasta las mismas, para lo cual previamente se tendía un puente para salvar el foso y luego, centenares de hombres trepados en la torre, intentaban tomar por asalto la fortaleza.

Es de señalar que las murallas exteriores están hechas de tal forma que si el atacante llegaba a poder conquistarlas, quedaba sin defensa del lado interior. Además, dentro del segundo recinto —salvadas ambas murallas— se encontraba el castillo, que podía resistir aisladamente, pues aparte de las formidables murallas que posee, está rodeado de un gran foso y puente levadizo, defendido por sendas barbacanas. *El Castillo de Carcassonne* pertenece al siglo XII y era la residencia de los Condes del lugar. El exterior se halla bien conservado, no así el interior, que ha sufrido numerosas modificaciones posteriores.

El otro monumento importante de la ciudad es la iglesia de *Saint-Nazaire*, que fue construida en dos épocas distintas, hecho que se trasunta en su exterior. La nave es de la época románica (fines del siglo XI y comienzos del XII), así también como la cripta. En cambio el transepto y el testero son ya de la época gótica (siglos XIII y XIV) en gran parte restaurados por Viollet-le-Duc. Contrastan fuertemente ambas partes, como puede apreciarse en la foto: la parte románica es maciza, robusta, con muros perforados sólo por pequeñas ventanas; en la parte gótica en cambio, amplios ventanales demuestran el dominio del hombre sobre la pesantez y los empujes, pues posee un conocimiento de los materiales que lo autorizan a ser cada vez más audaz desde el punto de vista constructivo. Los vitrales que decoran estos vanos son maravillosos y el efecto que producen —sobre todo de mañana— cuando la luz pasa tamizada a través de ellos, es inenarrable. Interiormente la impresión que brinda es de una levedad increíble, es una verdadera "caja de vidrio", que nos recuerda a la Sainte Chapelle de París.

*

La visita a la ciudad de Carcassonne, se impone para todo aquel que guste de lo medioeval. Como decíamos en nuestro artículo sobre Pierrefonds, una vez traspuestas las murallas, es tal el influjo de la decoración, que uno se siente transportado a otra época. Falta únicamente que los habitantes estuvieran vestidos a la usanza de la época, para que la impresión fuera perfecta. Todos los adelantos de la técnica moderna, desde los hilos de teléfono hasta los automóviles, disgustan, molestan, se nota que están fuera de lugar.

Las ciudades medioevales fortificadas, que con el correr del tiempo no han sabido expandirse, derribando murallas, se han fosilizado un poco y desde el punto de vista urbanístico constituyen verdaderas ciudades-museos. Eso sí, museos magníficos, a escala monumental; pero falta el soplo de vida latente, de sangre nueva, que le dé una fisonomía concorde con los tiempos que corren. Lewis Mumford decía al respecto:

"Allí donde las formas externas sufrieron alteraciones rápidas debido a la presión ejercida por la población y por los nuevos procedimientos de empresa económica, el espíritu íntimo fue igualmente transformado. En los ejemplos —como Carcassonne—, el cuerpo conservó su forma porque las nuevas corrientes de la vida se desviaron hacia otro lado. Pero la antigua forma ya no expresaba la nueva vida: por lo tanto, la ciudad se convirtió de hecho en un museo del pasado, y sus habitantes, o quizá fuera mejor decir guardianes, sólo tenían una parte mezquina que desempeñar en la nueva cultura".

Es cierto; pero no por eso deja de ser una magnífica supervivencia que nos permite estudiar y comprender mejor las condiciones de vida del hombre de la Edad Media.

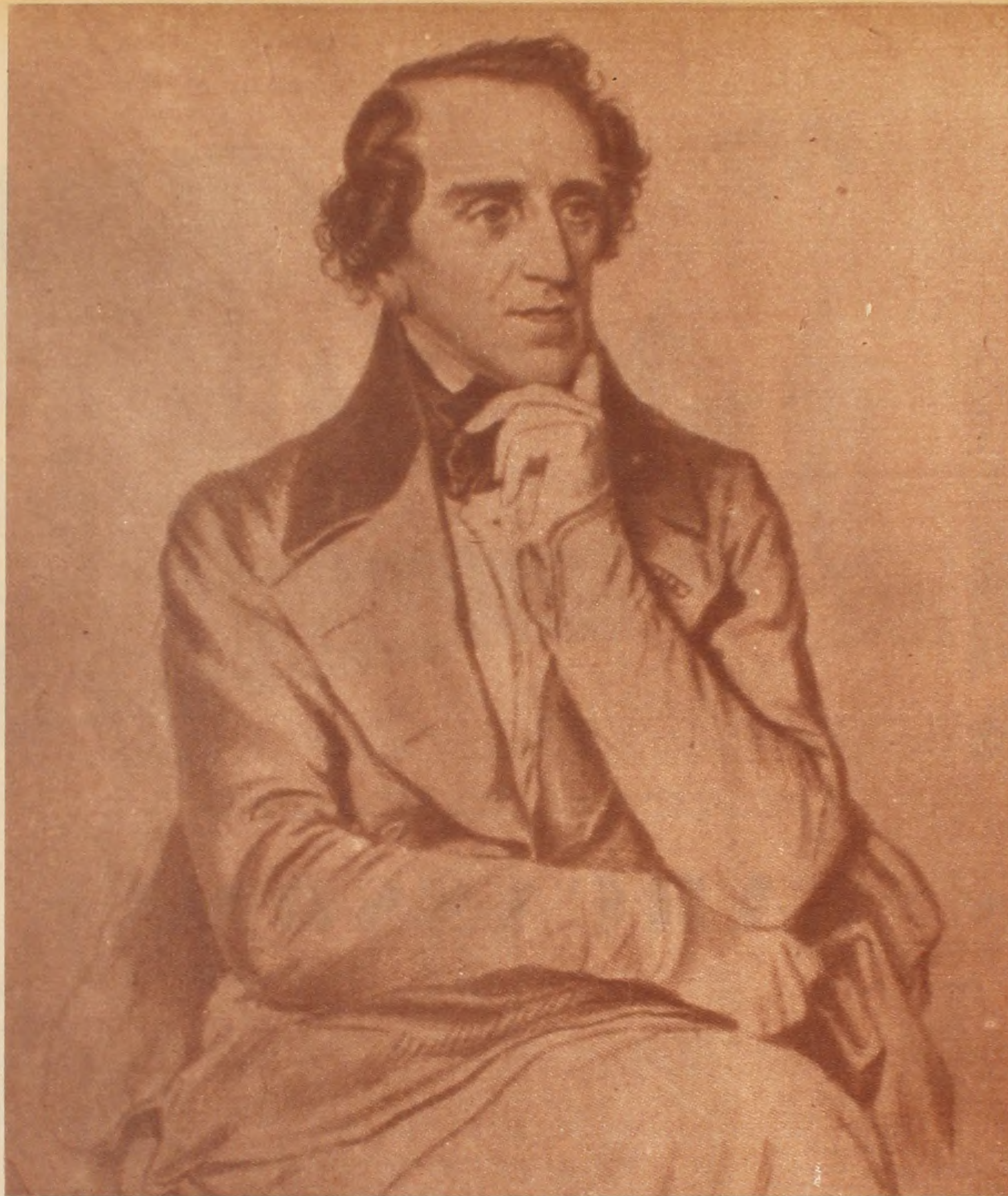
Arq. César J. LOUSTAU

(Especial para EL DIA)

(Fotografías del autor)



Vista de las "lizas", o sea el espacio comprendido entre las dos murallas. En general la separación entre las mismas es de 7 a 8 metros.



Retrato de Giacomo Meyerbeer

MEYERBEER, GLORIA DE OTRO TIEMPO

ESTE año de 1964, tan fructífero en la conmemoración de los grandes aniversarios en los campos del arte, las letras y la historia nos trae, junto a figuras de primerísima magnitud otras, que aunque en estos momentos se mantienen en un indiferente olvido, brillaron en su momento llegando a ejercer un marcado predominio. Tal el caso, entre otros, de la preponderancia que la figura de Meyerbeer imprimió hace un siglo en el mundo operístico europeo.

El arte dramático, más exactamente la ópera, se encauzó en la primera mitad del siglo XIX en una corriente italianizante. Las tres grandes líneas del "bel canto" marcadas simultáneamente por Rossini, Bellini y Donizetti no obstante estar enraizadas en Italia trasladan su hegemonía a París. Esto se produjo cuando en 1824 el autor del "Barbero" fue nombrado director del famoso "Théâtre des Italiens". El estreno del "Guillaume Tell" cinco años después marcó además del comienzo de su producción en Francia la instauración de la ópera histórica.

Por su parte Bellini y Donizetti, conservando al igual que el anterior el estilo italiano se enfrentaron a Auber, Herold y Halevy que aun dentro de la línea estrictamente francesa filtraron sin embargo un color peninsular.

Este período musical francés que sirvió de nexo entre Rameau y Gluck y los modernos encabezados por Berlioz, se desarrolló a través de dos grandes instituciones: la Grand Opera y la Opera Comique. Allí reinaron como amos absolutos sobre el gusto del público Herold, Adam y Auber desde el escenario de la última, mientras que Halevy y Meyerbeer fueron astros de gran magnitud en la primera.

Cumpliéndose, como ya lo hemos señalado y precisamente en estos momentos el centenario de su muerte, Giacomo Meyerbeer, nacido en Berlín en 1791 fue, debido a su gran adaptabilidad estilística y a media docena de óperas, un autor sumamente cotizado durante un período de más de treinta años.

El "caso Meyerbeer" tiene características comunes a muchos autores de todas las épocas pero especialmente del romanticismo y de fin de siglo. El compositor que con suficiente talento y don de invención que nunca llega al nivel de los "grandes" pero sin embargo tiene entusiasta acogida y "su" público, brilla generalmente con mayor fulgor que un auténtico genio, pero esa parábola tiene siempre un brusco y oscuro descenso, ya en el momento o ya en la posteridad. El ejemplo más exagerado lo dio al rayar el siglo, Charpentier al estrenar "Louise", luego de un éxito casi delirante y más que prolongado, que tuvo el alcance de acontecimiento histórico y social, autor y obra cayeron hasta el día de hoy en el más silencioso olvido.

Volviendo a Meyerbeer, no deja de ser interesante la evolución de su personalidad y por consiguiente de su estilo. Descendiente de una rica familia hebrea radicada en Alemania, los Beer (pues el antepuesto apellido Meyer fue el de un rico pariente que lo hizo su heredero con esa condición) tuvo desde su juventud los mejores maestros de su época: Clementi para el piano y Zelter y Vogler para la composición a lo que debe agregarse una inseparable amistad con su condiscípulo de largos años Carl Maria von Weber.

Luego de unos juveniles estrenos de un oratorio y dos óperas en Berlín y en Munich el entonces Jacob Liebmann Beer, decidió viajar a Italia siguiendo el consejo de Salieri, adoptando desde esos momentos el nombre de Giacomo.

La obra de Rossini, especialmente luego de una representación del "Tancredi" que vio en Venecia, produjo en Meyerbeer un fuerte impacto. A la sombra del estilo del músico de Pesaro compuso cuatro óperas y a tal punto se sintió identificado con el "bel canto" italiano que utilizó para dos de ellas textos de Felice Romani el famoso libretista de Bellini, Donizetti, Mercadante, Paccini, Verdi y muchos otros.

Otro libretista, no menos conocido que el anterior porque lo fue de Auber, de Boieldieu, de Halevy y también, pero en menos ocasiones de Verdi, Rossini y Donizetti, Eugene Scribe conoció a Meyerbeer en ocasión de un viaje accidental de este último a París. Y de ese encuentro del músico alemán con el comediógrafo francés nació una colaboración que perduró durante toda la vida del compositor.

Esto último por un lado y la insistencia del autor de "Oberón" por otro, hicieron que Meyerbeer abandonara Italia y luego de una corta temporada en su patria se radicara en París.

De acuerdo a lo ya relatado al comienzo de esta nota, el músico llega a un mundo regido por la influencia italiana que el "Théâtre des Italiens" y su director dictaban en París.

No obstante y con la misma ductilidad que había pasado antes de la modalidad alemana a la italiana, Meyerbeer se adapta al gusto francés logrando en poco tiempo incorporarse a las filas de Halevy y Auber.

Además de iniciarse en esos momentos en una nueva etapa estilística, Meyerbeer instaura, y en esto contribuyó mucho la colaboración de Scribe, el nuevo género de la ópera histórica en Francia.

Basada en una leyenda normanda del medioevo, con numerosos trozos de ballet, tal como lo exigía entonces el público de París, y con un estilo bastante heterogéneo que no había olvidado todavía la densidad alemana ni el lirismo italiano, "Robert le diable" estrenada en la Grand Opera en noviembre de 1831, fue el primer gran suceso que obtuvo Meyerbeer.

Este acontecimiento fue superado con largueza a los cinco años. "Los Hugonotes", inspirada en uno de los episodios más terribles de las guerras de religión como lo es el de la noche de San Bartolomé, fue otro libreto de Scribe que permitió a Meyerbeer, que indudablemente poseía un alto sentido teatral, escribir una música con tanto patetismo que produjo una fuerte conmoción, a tal punto que hizo decir a Wagner y a muchos de sus contemporáneos que se había llegado al grado máximo de la música dramática.

Mientras tanto varios títulos honoríficos, condecoraciones y nombramientos llegan al músico a raíz de estos sucesos, siendo de destacar la designación de "Director General Musical" en la corte de Berlín y luego Miembro de la Academia de la misma ciudad.

A varias óperas menores representadas en Berlín y en Viena, lugares que alternó entonces el músico con París, sigue otro estreno de gran resonancia. Es el de "El Profeta" que al igual que las dos que le anteceden trae a la escena un problema histórico. Es este el de los anabaptistas del siglo XVI en Alemania y los Países Bajos y del patriarca de los mismos Johannes Leyden. Estrenada en la Opera en 1849, igualó el entusiasmo de "Los hugonotes". A ello contribuyó además de la grandielocuencia de la música, especialmente de la famosa "Marcha de la Coronación", las figuras de Pauline Viardot y de Gustave Roger que fueron sus intérpretes. Tanto la hermana de la Malibrán como el famoso autor de "Le carnet d'un tenor" estaban considerados en esos momentos como lo mejor en cantantes líricos.

A "Le etoile du Nord" y "Le pardon de Ploermel", estrenadas en la Opera Comique y conocida esta última como Dinorah debido al nombre de su protagonista, siguió "La africana". Terminada en el último año de su vida esta obra en la que había trabajado desde 1838 relata un episodio de Vasco da Gama. De gran ampulosidad e intrincado argumento, fue estrenada recién en 1865, al año siguiente de la repentina muerte del compositor.

Es indudable que el arte y el estilo de Meyerbeer nos parece hoy día completamente pasados de moda y suena en mucho a falso y a hueco. Aunque hay bastante de cierto en ello, tal vez seamos algo crueles al juzgarlo, porque si bien buscó el efecto fácil y el golpe teatral de no muy buen gusto, no hizo otra cosa que seguir la moda de la época y dar al público lo que ese público pedía. Y no sólo los simples auditores lo apoyaron sino que Berlioz y sobre todo Wagner casi lo endiosó, no obstante poco después despreciarlo en un agraviante ataque a su obra y a su persona.

Sin inclinarnos por ninguno de los dos extremos diremos que dentro de la generación operística francesa de 1830 a 1860 Meyerbeer tuvo "su" lugar y que si bien no fue genial tuvo condiciones importantes como aciertos en el aspecto instrumental y una gran maleabilidad estilística.

Es evidente que marca una época dentro de la ópera y que su presencia fue necesaria como puente de unión entre el final de un romanticismo decadente y el comienzo de un vigoroso y renovado nacionalismo.

Aún así, si bien sus óperas casi no se representan, a cien años de su muerte hay fragmentos de algunas de ellas que todavía hacen las delicias de muchos cantantes líricos y de no menos auditores que viven un poco en el ensueño de las glorias de otro tiempo.

Susana SALGADO GOMEZ

(Especial para EL DIA)



Fotografía aérea que abarca la misma zona que representa el plano colonial al que se refiere esta nota.

SANTA TERESA: UN PLANO DEL FUERTE

NUMEROSOS e interesantes estudios, entre los que se destaca la valiosísima y poco menos que definitiva monografía de don Horacio Arredondo, han enriquecido la literatura histórica relativa a esta fortaleza.

Obra magna de la ingeniería militar española, en nuestro territorio; su reconstrucción pudo lograrse únicamente con la entrega generosa de una vida a ella dedicada con esa complacencia que sólo puede ofrecernos quien experimenta el ardor creador que inspira su obra.

Tal el caso del distinguido y erudito autor citado, asimismo feliz inspirador y ejecutor del magnífico Parque Nacional de Santa Teresa.

No obstante ello, hemos creído conveniente exhumar un viejo plano inédito, que posee interesantes elementos de estudio, particularmente para el de las llamadas obras exteriores de defensa; plano que se conserva en nuestra Biblioteca Nacional y perteneció a la mapoteca del ilustre Director de la Biblioteca y Museo Pedagógico Nacional Dr. Ruano Fournié.

*

Precisemos, pues, que cuando a mediados de abril del 63 el ejército de Cevallos se hacía presente en Santa Teresa, no se le oponía otro obstáculo que una trinchera, provisional defensa de campaña, y la inoperante e inconclusa muralla del proyectado fuerte. En efecto, de la transcripción parcial que hacemos en seguida de algunas comunicaciones de Osorio, surge claramente lo inadecuado de las defensas de Santa Teresa para oponerse a la artillería del ejército del Capitán General, así como la infructuosa reiteración del reclamo de auxilio del jefe portugués ante la inminencia del ataque.

En su oficio del 21 de enero Osorio —que ignoraba la muerte del Conde de Bobadela— le describe las dificultades con que tropieza en la ejecución de las obras que tiene entre manos:

"Como todo algo sirve para trabajar, sacaré de ella " la pequeña utilidad que pueda, —se refiere a 79 hom- " bres muy incapaces que se le han enviado— pues la " tropa lo precisa, quebrada como está por tanta fagina, " y la mayor parte muy trabajada por las guardias de " defensa, con más **dos piquetes que todas las noches tienen " que bajar a las trincheras.**

"**La muralla va muy despacio.** Habiendo empezado con " dos operarios, el 12 del corriente llegaron otros dos, pero " ninguno capaz de llevar la obra a buen fin pues el ayu- " dante ingeniero le notó muchos defectos."

Y más adelante: "Esta tropa, según V. Exa. puede con- " siderarlo. se encuentra muy trabajada. Sin embargo, " gracias a su mucho ánimo, ella marcha a todas las dili- " gencias sin reparo, va a cavar tierra y a romper rocas " para de allí pasar a hacer guardia y demás menesteres " del oficio. Así que sus ropas están hechas pedazos, lo " que no le impide sufrir con constancia y hacer cuanto " ordeno sin pensar en desertar, pues es bien cierto que " hasta ahora no he tenido un solo desertor que haya ido " a dar cuenta al enemigo del número de nuestras fuerzas " ni del estado de nuestras defensas, felicidad que no sé " bastante agradecer a Dios por ser mis pecados mayores " que mis virtudes. Y como Santa Teresa es nuestra pa- " trona, ella se considerará obligada a tomar nuestra for- " tuna en sus manos.

"A ella dirigimos nuestras oraciones y nos acordamos " muchas veces, en el **encuentro de las rondas**, de repetir " su santo nombre para que ella no se olvide de nosotros."

De la comunicación a Madureira del 13 de abril:

"...llega a esta hora la última, con la noticia de que " don Pedro de Cevallos con toda su tropa dormirá hoy, " esta noche en el Paso del Marqués; y atento las violentas " marchas que ha hecho, avistará mañana **esta trinchera.** " En ella espero la última orden de V. Exa. que ejecutaré " como inmediato subalterno."

*

Plano del Fuerte Santa Teresa y el del terreno de sus inmediaciones que manifiesta proyecto para cerrar paso que ofrece desde el camino al Mar. Tal el epígrafe del plano que nos ocupa.

Abarca el plano el terreno comprendido entre la costa del mar y el bañado, a la altura de la fortaleza.

Hacia el Sur está situado el pequeño pueblo formado al abrigo de los fuegos de aquélla, cuya "población— según Oyarvide— estaba compuesta de ranchos de paja ubicados a doscientos o trescientos toesas hacia el sudoeste de los muros."

Lo habitaban familias de la tropa, y pulperos y vivanderos que las proveían de comestibles y bebidas.

Sus pobladores fueron los primeros en formar en las filas de glorioso éxodo, abandonando y quemando las viviendas con sus efectos queridos, dando comienzo así a la homérica gesta.

Se indican: **el camino viejo a Montevideo** que pasaba frente a la entrada del fuerte, y **el camino a Montevideo** —sin duda el más reciente para la fecha del trazado— que cruzaba por el costado del mar donde se abre la poterna, y del que arranca otro llamado de la **Pedrera.** Opinamos que éste conducía al cerro de la Angostura de donde se extrajo la piedra y se labró sillería para Santa Teresa.

Interesa particularmente en el plano, el señalamiento de las trincheras construidas por los portugueses, extendida la una hasta la costa del estero y en la que se marcan tres revellines; y la otra, hasta la de la laguna de agua dulce inmediata, donde se indica solamente un revellín. De esta trinchera, ya en 1860 no existía rastro alguno (H. Arredondo).

Es indudable que el motivo principal del plano lo constituye el proyecto de una nueva línea defensiva de trincheras con sus correspondientes reductos —ocho en total— destinada según el proyectista **"a cerrar el paso entre el camino y el mar".**

Para evitar el riesgo del flanqueo por ese lado se proyectaba esta nueva defensa, cuya ejecución parcial o total, ignoramos si se llevó a cabo. Uno de cuyos extremos se apoyaba en el baluarte de San Luis y en el Cerro de la Moza el otro. Cerro de la Moza es denominación reciente; por Cerro de la Mujer Muerta se conocía a fines del pasado siglo.

Fue hace algún tiempo, en Santa Teresa.

Nos hallábamos en lo alto del baluarte de San Juan procurando que se descubriera a nuestros ojos desde la luz de sus troneras, el verde trazo con que una vegetación espontánea constituida por cactus, árboles y arbustos de diversa especie, recuerda el recorrido de la trinchera portuguesa dos veces centenaria que unía el cerrezuelo donde se erigió más tarde la fortaleza, con el estero de la Angostura.

Señalaban el tránsito fugaz de las horas bajo la inmensa comba, el lejano horizonte que la tarde enrojecía y las sombras opalescentes que se iban extendiendo silenciosas sobre la faz del dilatado estero.

Las legendarias lagunas del Bicho, Verde y Blanca, moradoras somnolientas de la ciénaga, se teñían de un ocre desvaído y eran como inmensos pétalos hasta allí caídos de lo alto.

Bajo la taumaturgia de la luz otoñal desfalleciente sobre la vasta llanura, nos íbamos evadiendo sutilmente de la realidad inmediata. Oportuno el momento en que asistimos conducidos sin esfuerzo por ella, a la evocación de tantos acaeceres que en aquellos históricos lugares se fueron sucediendo en la imperturbable carrera del tiempo.

Entonces fijamos nuestro pensamiento en el infortunado jefe lusitano Tomás Luis Osorio, cuyo es el mérito de haber determinado el paraje preciso donde debía asentarse la Fortaleza; el de haber iniciado e impulsado su construcción en tan precarias circunstancias, y el de haber legado a la posteridad el nombre con que se conoce la obra arqueológico - militar más importante que erigió el coloniaje en nuestro suelo.

Manes del Coronel Osorio; quisiéramos recoger sobre el fondo aquietado de la tarde su angustioso mensaje de impotencia; cuando con dolor del corazón, frente al poderoso y disciplinado ejército de Cevallos, hesitaba entre la pesadumbre de la retirada o la de la capitulación al verse abandonado por la mayor parte de sus fuerzas desmoralizadas; cuando prisionero de Cevallos permanece hasta el armisticio confinado entre los muros de la Colonia.

Quisiéramos recoger su angustiado mensaje cuando de regreso a la patria en lugar de comprensión y consuelo por tantas desventuras, se le acusa ignominiosamente de haber rendido la fortaleza a los enemigos y se le encarcela en las Islas Das Cobras de resultas del infamante proceso; quisiéramos recogerlo por último, cuando finalizando ese camino de tremenda adversidad —acusado esta vez por haber dado albergue a un jesuita— fue ajusticiado en la horca de la Cruz de los Caminos allá por el año 68, sin que lograsen los abnegados esfuerzos de su esposa, que regresa a Europa con las pruebas de su inocencia, ni el clamor de los hijos, atemperar el rigor brutal de la sentencia

Camino de adversidad que ciegamente le tendió el destino sin que se validara —sino para un desagravio póstumo— la ejecutoria brillante que lucía su foja de soldado leal y valeroso, de limpia y encumbrada prosapia.

Y en el fondo aquietado de la tarde, inmersa ya en encendido crepúsculo, aún pendía ante nuestra imaginación el cadáver del desventurado Osorio... del piadoso Osorio devoto de Santa Teresa según escribiera a Gómez Freire: "Y como Santa Teresa es nuestra Patrona.. ..a ella dirigimos nuestras oraciones y nos acordamos muchas veces, en el encuentro de las rondas, de repetir su santo nombre para que ella no se olvide de nosotros."

*

Desde allá abajo en la Plaza de Armas, el reclamo impaciente de mis jóvenes acompañantes ha quebrado el encanto. Y mientras me reintegro a su grupo, siento que se va desvaneciendo la trágica visión del infortunado guerrero fundador de Santa Teresa.

Atilio CASSINELLI

(Especial para EL DIA)



Copia esquemática del plano inédito de Santa Teresa y los terrenos inmediatos, que contiene el proyecto de una nueva línea exterior de defensa para cerrar el paso entre el camino y el mar (N); las trincheras construidas por los portugueses; excavación de la trinchera que tenían frente al mar (P).

MANUEL GALVEZ Y LA VIDA LITERARIA DE SU TIEMPO



Juan Pablo Echagüe, árbitro del buen gusto teatral, primer crítico de nuestro Florencio Sánchez.

ALLA por el 1900 está en Buenos Aires un provincianito, hijo de familia distinguida (el tío fue Gobernador de Santa Fe), que se siente atraído por el teatro y se deslumbra con los sainetes de De la Vega, Ramos Carrión y Arniches. Fuera del viejo Martín Coronado, son pocos los autores nacionales que estrenan. Y si lo hacen, como Trejo, Soria y García Velloso (éste muy joven), tienen que valerse de las compañías de "género chico"; y ya está dicho que es teatro español. El provincianito se da maña para meterse en los "coliseos" y ofrecer producciones de su cosecha. Que, naturalmente, endebles como son, no se estrenan.

Por fin un director —también con compañía española— Enrique Gil, le acepta "La conjuración de Mazza", con música de otro muchacho: Palantonio. El estreno de esa obra "lírico-histórica" terminó en escándalo.

El autor fracasado se llamaba Manuel Gálvez. Tenía 18 años. Y el autor de la música, que luego alcanzara mucho renombre, solamente 16.

Manuel Gálvez murió hace poco, octogenario o muy cerca de serlo. Y se fue de la vida gozando de la fama, a que le daban derecho muchos libros —principalmente novelas— de indiscutible valor. Su popularidad estaba ya lograda hace unos cuarenta años, cuando "Nacha Regules" no sólo se ensalzaba por toda América, sino que se traducía a varios idiomas.

Cerca del final de su vida, en un alarde nemotécnico (hay que ver lo bien que recordaba todo lo de su acontecer), redactó sus memorias: cuatro tomos, de los cuales han aparecido tres. Ellos sobrepasan el millar de páginas, en cuarta, con apretado texto. Gálvez buscó título genérico para el conjunto "El pasado argentino". Las denominaciones de los tres volúmenes que circulan, son éstas: "Amigos y maestros de mi juventud", "En el mundo de los seres ficticios" y "Entre la novela y la historia".

Tratándose de un escritor que ha encerrado en sus relatos novelescos personajes admirablemente retratados (la celebrada novela "El mal metafísico" es narración con "clave" (Orlof, por ejemplo, es Gerchunoff), importa mucho ver en qué forma pinta a amigos y enemigos en sus memorias. El comentarista se siente muy atraído. Pero la crónica exige una articulación por partes. Esto de hoy no ha de ser sino un capítulo. En su mayor parte, pura exégesis.

o

Cuando Manuel Gálvez habla de "su generación", tratándose de hombres de letras, llama así a los escritores que vinieron al mundo (son sus términos) entre los años 1882 y 1884. Y una generación, hablando académicamente, comprende a todos los nacidos en un período de 25 años. Manuel Gálvez lo olvida.

Bien. Afirma Gálvez que hasta la aparición de su grupo en 1902 —lo que él llama "la generación de la revista *"Ideas"* (de la que fue iniciador y sustentador) no había existido ninguna generación de escritores en la República Argentina.

Antes que *"Ideas"*, había existido otra revista de ese tipo, *"El Mercurio de América"*, que hizo coincidir en sus páginas las firmas de hombres de edades diferentes, los que se agruparon en torno a Ruben Darío, residente a la sazón en Buenos Aires. El caso de Carlos Alfredo Becú, que con el tiempo fue Ministro de Irigoyen, Martín Goicochea Menéndez, Ricardo James Freire y algunos otros. El director de la revista era Eugenio Díaz Romero.

A Roberto Payró, Enrique Larreta y Carlos Octavio Bunge (luego cuñado de Gálvez), por razones de edad nuestro autor no los incluye entre aquéllos, a pesar de que colaboraban en la revista *"Mercurio"*.

Leopoldo Lugones, Angel Estrada y José Ingenieros, son producto de la generación de *"Mercurio"*, pero no pertenecen a ella, según la clasificación de Gálvez. Gálvez los agrupa aparte.

Dice el autor de "La maestra normal" (otro libro celebrado de Gálvez) que es recién con su generación cuando aparecen en Buenos Aires los escritores de tipo profesional, sin que ésto quiera decir que tales elementos pudieran vivir sin otra actividad que la del cultivo de las letras. El primer escritor profesional argentino vendría a ser Leopoldo Lugones. Pero ni siquiera este escritor, en el afirmar de Gálvez, hizo obra eminentemente argentina.

La hazaña parecería reservada a la gente de la revista *"Ideas"*. "Mi generación —escribe Gálvez— pasado el europeísmo inicial, fue ardientemente nacionalista, dando a esta palabra un vasto significado, no el restringido que tiene ahora".

Como ejemplo de nacionalismo literario inicial, cita Gálvez su libro "El diario de Gabriel Quiroga" y "La restauración nacionalista" de Ricardo Rojas.

Puesto a dar nombres de la gente de "su generación", aparecen, a más de Ricardo Rojas, Emilio Becher, Emilio Ortíz Grognet, Juan Pablo Echagüe, Abel Chaneton, Ricardo Olivera, Atilio Chiappori, Mariano Antonio Barrenechea, Mario Bravo, Carlos M. Pacheco, Gustavo Martínez Zubiría y Alberto Gerchunoff. Como Horacio Quiroga había nacido en Salto bajo pabellón argentino (el padre era Cónsul de la patria de Alberdi), también lo pone en la nómina. E igual a nuestro Florencio Sánchez, que tuvo sus triunfos iniciales en el país vecino.

Eran unos 30 "muchachos" los que constituían el lote. Todos soñadores, en cuyos espíritus, que se abrían plenamente a la vida, parecía haber prendido la semilla de acracia. Víctor Hugo había escrito lustros antes: "A los 20 años sólo se puede ser poeta y anarquista". Se sobrentiende que tratándose de gente con imaginación muy viva. Y en cuanto al anarquismo platónico, lírico antes que nada.

Los jóvenes de la revista *"Ideas"* marcaron la reacción contra las influencias rubendarianas: las princesas, las marquesas, los cisnes... En lo literario tenían caídas sociales a los Tolstoi. Y en lo plástico, los entusiasmaba el Greco. Eran tiempos heroicos, al decir de Gálvez. Buenos Aires sin editores, con un público indiferente y hasta desdeñoso para los que escribían. Nuestro autor concede gran importancia al hecho de que algunos años después, "La Nación",



José Ingenieros, a quien Gálvez dedica un capítulo de sus memorias, viéndolo talentoso y fumista.



Leopoldo Lugones, que según Gálvez, sería el primer escritor profesional surgido en la Argentina.



Ricardo Rojas, el primero en hacer obra de tipo ambiental, depurada de las influencias foráneas.

que afirma era el "diario de la gente culta", incorporaba varios de sus camaradas, que contribuyeron a llamar la atención del país sobre lo bello. A Juan Pablo Echagüe le dieron la crónica de teatros; a Atilio Chiappori se le encomendó el ocuparse de exposiciones y todo lo que fuera arte plástico y a Mariano Antonio Barrenechea, entusiasta wagneriano, los comentarios y críticas musicales.

La revista *"Ideas"*, como iniciadora de talentos vocacionales, no pudo estar mejor. El mismo Gálvez redactó artículos (incluso editoriales) en "La Nación" durante algunos períodos. Y ésto no lo dice el libro.

Cuando Manuel Gálvez describe a sus compañeros suele ser cordial y generoso. Así describe a Rojas: "...delgado, esbelto, muy moreno de color. Tenía una melenita de poeta, grandes ojos alertas y el rostro sonriente". Esto en lo externo. Y en lo interior: "...era Rojas el que más había leído de nosotros. Ordenado, estudioso. A los 20 años leía, no sólo francés, sino inglés, lo que era rarísimo en aquellos tiempos. Su capacidad de trabajo fue siempre enorme".

Echagüe que compuso un tipo físico, y como Palacios, trató de mantenerlo siempre, aparece visto así: "...usaba gran chambergo, llevaba bigotes mosqueteriles, vestía con vistosa elegancia, andaba enhiesto y con gran calma... Y luego: "Escribía entonces con la misma claridad y la misma frase elegante que escribió veinte años después". Parecería que Echagüe atravesó épocas de gran pobreza. Pero no perdió nunca [illegible] tan porteño que es "la parada".

Este retrato de Horacio Quiroga merece ser conocido: "Físicamente, Quiroga no cambió mucho con los años. Nunca salió de su asombrosa flacura. Una vez que lo encontré en su pieza de la calle Bolívar, trabajando en obras de carpintería, lo que hacía como ejercicio, con el cuerpo desnudo desde la cintura para arriba, me impresionó la flacura de sus brazos y lo angosto de su pecho". Luego vienen otros detalles: "la barba negra y larga, horizontal en su extremo; los ojos pequeños y apagados, sin expresión, que no miraban nunca al interlocutor; las manos descarnadas y peludas. Le encontraban aire de rabino, con el rostro semejante al de algunos íconos rusos. Silencioso, mientras los otros charlaban, él se sumía en meditaciones. No usaba las amabilidades imprescindibles para el trato social". Los que hemos sido amigos de Quiroga —y ésto lo decimos nosotros— con la descripción ajustadísima de Gálvez creemos estarle viendo.

De Florencio Sánchez dice que era tan generoso y buenhumorado como los bohemios de Murger. "Como trabajaba escribiendo piezas o en los diarios —narra Gálvez—, de cuando en cuando se le veía con algunos pesos. Pero el dinero le estorbaba. No he conocido un manirroto igual". Y ahora respecto al físico: "Florencio Sánchez tenía mucho de simiesco. Imposible encontrar un hombre más desgarbado y sin gracia. Caminaba agachado, lleno de movimientos de brazos y piernas". Se completa bien luego el poco amable retrato del magnífico autor de "Barranca Abajo": "La cara de Sánchez era larga y flaca, y el labio inferior estaba siempre caído. Las orejas eran grandes, el pescuezo larguísimo, el color del rostro muy moreno y como manchado". Gálvez mejora luego, al referirse a lo anímico, la cruel pintura que hemos alivianado aquí con la supresión de algunos detalles demasiado crueles. "...la visión teatral, la aptitud de síntesis, el arte de mover muchos personajes, no eran los únicos méritos de Florencio. Tenía grandes virtudes personales, una de las cuales era la humildad. Era un niño en muchas cosas". Y concluye Gálvez la referencia a Sánchez de este modo: "Era un hombre de corazón y esto lo condujo a las ideas *humanitarias*".

A Julio Herrera y Reissig lo vio así: "...alto, rubio, de ojos celestes, de cabellos ensortijados. Tenía anchas espaldas y el pecho saliente. Hablaba con abundancia, pero bien, como es de imaginar, sin la opulencia de su prosa. Me encantaron su cordialidad, sus modos afectuosos, sus palabras amables, tan poco frecuentes entre los argentinos, que hacemos gala de frialdad. Había en su figura y en sus modales mucho de señorial, de elegante superioridad".

Con sólo espigar por aquí y por allá, en estos libros de Manuel Gálvez, hay para presentarle al lector páginas de gran entretenimiento. Y evocadoras. Como para que las lean los hombres que alcanzaron a conocer, sino a los personajes, las crónicas que a sujetos tan extraordinarios y pintorescos le fueron dedicadas. Todos los hombres de letras de la generación de Gálvez, y aquí sí. empleamos el término "generación" en su alcance más lato, caracterizan bien una época. Lo que se ha dado en llamar "la bella época", por más que tales tiempos fueran para las muchedumbres infinitamente más duros que estos de ahora, con todas sus inquietudes, ya que era desmesurada y atribuladora la injusticia social.

Vicente A. SALAVERRI

(Especial para EL DIA)



La cabeza de Manuel Gálvez, impresa en el primer volumen de sus memorias, que suponen una revista pintoresca a todo lo literario de su tiempo.

SOBRE NOSOTROS MISMOS...

A veces uno se detiene en la carrera cotidiana y se esfuerza en contemplar el mundo desde afuera. Digo se esfuerza, porque es muy difícil hacerlo con objetividad. Es un mundo con horario, andando sin cesar, haciendo de la vida una verdadera carrera de obstáculos. Es un mundo apiñado, donde curiosamente, los seres humanos se disponen de tal manera, se las arreglan de tal modo, que aparecen dándose la espalda. Los viejos valores arraigados en la fuerza de la familia, la amistad, la sinceridad, la lealtad, la honradez, son reliquias vetustas que detentan unos pocos. De ahí que los que las posean sean seres excepcionales, que deben dotarse de una fuerza gigantesca y especial para no dejar que les sean arrebatadas. Deben luchar como si estuvieran solos porque se les combatirá, se les befará, se les tentará y es más difícil el tentador de este mundo, que aquel del desierto. Porque aquél era fácil descubrirlo, en cambio a éste, no. En este mundo sin convicciones, de hormas establecidas ya nadie piensa que exista la felicidad. Es más, si se hiciera una encuesta, el concepto sería negado, no por tratarse de algo imposible, sino porque a nadie interesa. Como lo bueno, lo bello, lo útil, la sabiduría, son conceptos que ya no se discuten; suenan a cosas demasiado triviales, y nunca se desconocieron tanto. Como decía Bécquer: "La civilización, oh la civilización es un gran bien; pero al mismo tiempo es un rasero prosaico, que concluirá por hacerle adoptar a toda la humanidad un uniforme!" Si no fuera consciente de que esto sonará a muchos como cantor retrógrado, como sentimentalismo operístico, me daría un poco de rubor decirlo. Pero siempre hubieron patanes de la ilustración, como patanes del sentimiento, así que el juicio no me preocupa.

En algún rincón siempre habrá un ser puro, un alma candorosa que espere una palabra, para saber que no está equivocado. Porque los valores del sentimiento están por encima de este mundo horario, horma, rasero, jaula, cárcel. Asentados sobre el corazón, son parte de su sangre y de su latido de modo que quitarlos de allí, significa provocar una muerte en vida. Es cierto. Podemos vivir sin una serie de elementos materiales. Pero no podemos edificar un mundo sin amor. Amor de padre, hijo, amigo, esposo, amante, amor de enamorado. Que exista siempre como un centro vital, aunque se edifique sobre una ilusión. Si la felicidad es ese estado de ilusión creado por el hombre, en el que se resuelven todos sus problemas, se satisfacen todos sus deseos y aspiraciones, sin tener por ello que renunciar a nada, ni conquistar ese estado derramando lágrimas, nos inclinaríamos a pensar que sólo podría existir como utopía, o teniendo por sujetos a seres perfectos, con la justa pasión, la justa razón, la justa medida... y la justa mentira. En realidad, a este concepto de felicidad incondicionado, el ser humano no puede llegar, dada su imperfección, su capacidad limitada, su condición efímera, su insatisfacción casi permanente. La felicidad se encuentra a través de estados pasajeros. Para encontrarlos a veces



debemos dejar por el camino una pequeña renuncia, sentirnos egoístas sin motivo. Porque no es fácil ser feliz, entendiendo esto, como "éxtasis" espiritual y evasión, no en el sentido del "confort" moderno. El estado de felicidad no descansa en otra cosa que en la imagen que de él se ha forjado. A veces la suerte acompaña a ese estado. Se halla lo que se busca y la realidad responde a la imagen del sueño. Pero la realidad se nutre de vulgaridades y continuamente tenemos que ir enriqueciéndola con nuestra fantasía. La vida resulta bella, amable, fiel. Pero a veces se topa con borrascas. El cada día cotidiano se eriza de espinas. ¿Desaparece ese estado de felicidad? Depende de las fuerzas que lo sostienen. Si el sentimiento que lo provoca es el amor —cualquiera sea éste, en los planos aludidos— y si ese amor es "un faro inmóvil que contempla las tempestades y no se estremece nunca", coexistirá la alegría con la amargura, y no digo tristeza, porque la alegría muchas veces suele ser triste. Esta afirmación pienso que es propia de los espíritus románticos, de esos que han echado a andar sus ideas desde que el mundo es mundo, a despecho del siglo XIX, que pretende la exclusividad. La felicidad infeliz, el amor sin amado, el encuentro desencontrado, la amarga dicha, la oscura luz, las dulces lágrimas, encierran algo más que un mero concepto de estados sentimentales. Significan la búsqueda desesperada de una fórmula que concilie la dureza de la realidad, con el mundo del sueño. Porque el estado de felicidad es a veces, también, el encuentro de esa fórmula conciliatoria. Pero a veces es también un desafío. No en el sentido insultante. Es un desafío a la horma, al rasero, al uniforme, que se disfrazan con máscaras distintas para despistarnos con distintos espejismos, rótulos, definiciones vacías. Si lleno un frasco de vino y lo rotulo "Veneno", el vino no dejará de ser vino; si al veneno le pego una etiqueta que diga "Vino", no dejará de ser mortal. Todo depende de nuestra prudencia, como de nuestra inteligencia. A veces quiere jugarse del mismo modo con nuestros sentimientos o nuestras convicciones. Pero no podemos comprobar el error tan rápidamente, porque no se puede tomar el sentimiento como el vino o el veneno; no se puede establecer a primera vista la horma o distinguir dónde está el uniforme.

Pero hay un ser que está salvaguardado de estos equívocos, de estas comprobaciones. Es el ser puro. El que pone su corazón y sus sentimientos en indisoluble haz. El que acompaña la palabra, corroborándola con el hecho, el que tiene fe, se levanta por encima de todas las desilusiones, defiende con rigor su íntima verdad. El romántico siempre fue un ser de éstos. Defendía tanto su ideal que prefería destruirse a sí mismo, antes que verlo destruído. Porque el romántico, soñador y frágil, nutrido de ensueños, es duro como una roca, soberbio como un dios, terco como las mulas. Es forzosamente individualista y es individualista el concepto que tiene de su felicidad. Nadie puede penetrar en su mundo, porque a nadie, excepto a él, le pertenece.

Admiro a ese ser anónimo. Amo sus ensueños. Tengo fe en sus ideales, porque su mundo se edifica sobre el sentimiento. Sobre los viejos valores, las antiguas nostalgias, los paraísos perdidos. En él se acumulan las horas del pasado, los días del futuro; los crepúsculos y las noches de luna, las lejanas constelaciones donde alguna vez se transportó un instante, el canto de los momentos felices, el llanto de los pesares fugaces.

Y le digo, como dijo el poeta: "¿No has sentido en la noche, / cuando reina la sombra, / una voz apagada que canta / y una inmensa tristeza que llora?"... Son las voces de los que están acompañándolo, que vienen confundidas desde los más alejados rincones, a decirle que no está solo, que hay hermanos que sueñan a despecho de los tentadores de ese mundo horario en el que ya penetro, me confundo luciendo su uniforme, para ocultar las alas, la alegría, la estrella que ilumina el fondo oculto de los corazones.

María Ester CANTONNET

(Especial para EL DIA)

LOS HECHOS ESLABONADOS

ERA un domingo de diciembre.

Los dardos del sol caían a plomo, hacían llamear la quincha; de ahí que en el despacho los clientes de Perico el Quemao ardían. El zumbar del mosquerío y el hablar de los hombres eran dos cuerdas que tañía Satanás haciendo un concierto delirante. En una de esas entró al comercio el pardo Celedonio Aguilera.

—¡Güen día, señores tuitos! Perico, servime una macaca grande enyuntada con un jarro, con agua hasta el tope.

Dejó el vichará, el sombrero y el pañuelo que le ceñía el cuello sobre un tercio de yerba. Perico le preguntó de dónde salía.



—Del norte, hermano. Tuve ganando unos riales en la hacienda de un brasilero, ricazo él, de apelativo Guimaraes... Y mirá lo que me sucedió en la güelta, no hará dos horas... ¡algo muy fruncido, hermano!

—¿Qué jué, pues?

Celedonio trasegó lo que quedaba en el vaso.

—Mirá, hermano: pa que veas lo que son las cosas encordonadas: soy de los que he pensao, y pienso y creo, que tuito lo que vive, sea bicho o racional, está en la linia de una mesma cadena que comenzó no sé cuándo y va a terminar, también no sé cuándo. De eso no dudés hermano; y pa que no dudés te viá contar el sucedido de esta mañana, del que juí testigo legal pa decirlo frente a cualisquier autoridá que se presiente, sea comisario, juez, alcalde o cura. Güeno. De aquí unas dos leguas vive el viejo Fortunato Queirolo en un rancho recostao al camino, viejo que supo ser caporal de contrabandistas pa cáir en capataz de esquiladores dispués, hombre más malo que untarse los ojos con cebolla. Yo venía al tranco largo, y al tranco largo iban un mozo rubio al lao de un indio cuarentón. En un redepente por entre las manos del montao del rubio salió una perdiz repicando el chiflido. Se espantó el caballo y se estiró por el corredor. Sindudamente el mozo iba descuidao, fiao en el andar suave del bayo, cuando se vido pelao en el arranque. Cayó con una pata enganchada a un estribo y la cabeza empezó a batir la tierra como palo en bombo. El indio y yo cerramos piernas a los montaos y mesmo frente al rancho de don Queirolo asujetamos el bayo. Nos tiramos. El mozo estaba dormido. Ahí mesmo apareció don Fortunato, dos muchachas sus hijas, y como seis o siete perros que la ayuda que dieron jué ladrar sin ton ni son. Les grité a las mujeres que trujieran una palangana con agua y algunos trapos.

Comencé a reconocer tuito ante la osamenta del rubio había golpeao, le saqué poncho, saco y camisa... Y taba en esa tarea cuando uno de los perros levantó la pata por sobre la ropa esa que dije y comenzó a rociarla como si juera esquina de galpón. Entonces el indio, que taba bastante compungido, no pudo aguantar aquel atrevimiento. Y enarbolando el talero le dejó cáir la sotera al perro, que al darle por sobre las paletas rebentó como un tiro. Y el perro dio un salto de cambota primero, y dispués salió cortando campo soltando un rosario de aullidos que paraban los pelos de punta. En ese mesmo momento don Queirolo dentró al rancho y salió con una tranca. Y la tal tranca la dejó desplomarse en el mate del indio, con una clase de juerza, que mate y tranca crujieron. Y ya bufó el viejo:

—¡A mis perros los enseño y los castigo yo solo, canejo!

A mí se me subieron los ajises a la sesera. Y le grité:

—¡Pues los enseña muy bien, viejo lengua e'sapo, que pa ellos ropa de cristiano es como poste de palenque!

El viejo, que con lo del soterazo empezó a sulfurarse terminó por encalabrinarse del tuito con lo de lengua e'sapo. Levantó la tranca y la bajó rumbo a mi sombrero. Pero yo quebré el cuerpo y el palo le rayó el lomo a una de las hijas que se sentó en el corredor a darle viento a unos alaridos como pa arriar yaguareteses. Don Fortunato se desnortió por lo alto. Como una luz de nuevo dentró al rancho y salió del, pistola en mano. Yo ya iba pelando el facón porque la cosa no daba pa menos, cuando la otra moza se abrazó con el viejo pidiéndole de favor que no se perdiera. Hija y padre dentraron a saltar en un baile, y en ese baile rebentó un tiro. Tal vez una de las balas coludas de la pistola, que era una Lafuché machaza, pegó en algo. La custión es que vide salir una humareda de entre el bulto que formaban viejo y moza, que se habían cáido en el forcejeo. Y ahí mesmo jué que se armó la música: perros y cristianos la levantaron que aquello jué de oirse en diez leguas de redondel. El bayo, que con el asunto de la perdiz había quedao desconfiao, con la del soterazo quisquilloso y con lo de la moza encelao, con esto de la pistola y la retreta que tábamos dando tuitos no pudo aguantar más y arrancó como si llevara a Mandinga encima clavándole lloronas recalentadas a juego. Entonces el indio, que se había ido reponiendo del trancazo mientras le subía un chichón que no le cabía el sombrero, voció:

—¡Miren tuito lo que ha hecho este viejo desentrañao, a lo pior hasta dijuntió a su hija!

Y con la mesma tranca del mesmo viejo, que ya se había sentao y taba amartillando la pistola, coloraos los ojos y la boca torcida, como de ido, lo sumió en una siesta como pa dos veranos...

El pardo Celedonio tomó resuello y un buche de buen calibre. Y ya iba a continuar el relato cuando del mostrador se apartó el negro Poleón —al que le decían Carqueja pues era tan bueno como amargo—; se apartó con bastante trabajo pues estaba prendido por una docena larga de jarros de un vino carlón que, por haber salido de España, atravesado el océano, y en una carreta tarda cruzado muchas leguas de campo hasta reposar en lo del Quemao, se había vuelto espeso como sangre para morcillas. Se dirigió en irregulares curvas a Celedonio, se plantó frente a él, y se le prendió de la camisa.

A Carqueja le había parecido que todo aquello narrado por el pardo era una fantasía como para engatusar viejas. Por otro lado el negro no podía tolerar pardos. Decía:

—O semos blancos o negros. Lo demás es un mesturamiento ordinario.

Y habló de esta manera, rectamente, a Celedonio:

—Si usté cree que los que aquí tamos nos hemos criao pialando aperiases, ta muy perdido. Esa rilación suya no la declararía ni un loro asina se la enseñaran en un año largo. Y ya que es de los que cree en las cosas encordonadas yo viá seguir la cadena con usté, pardo sin yel, trompeta...

Y sin decir más nada desenvainó un imponente puñal que cargaba y le tiró un planchazo a Celedonio. Este eludió el cuerpo con salto felino. Pero en algo le falló el cálculo pues dio con carne y huesos sobre la mesa de unos truqueadores —que habían suspendido el juego para seguir el hilo de la cuestión—; y aquí fue un volar naipes, tantos, porrones, vasos y jarros. En el aterrizaje llevó por delante a un mirón y a uno de los que orejeaba. En realidad aquello fue un cataclismo que prometió empeorar entre airadas protestas y subidas imprecaciones...

Fue cuando, dominando el ruidaje, sonó la voz metálica de Perico el Quemao:

—¡Respeten la propiedá, canejo, que esto no es rialengo!

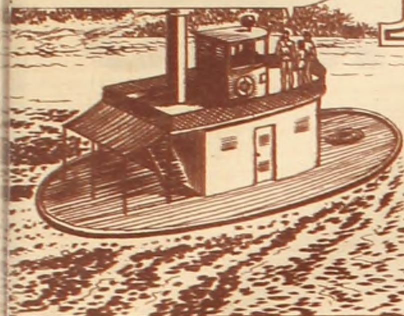
Y de un bote traspuso el mostrador y estuvo junto a Celedonio al que tomó del cogote, lo arrastró hasta la puerta, y lo hizo desaparecer de una patada en la retaguardia, tan recia, que se la envidiara un burro. Fue hasta el tercio, levantó los mulambos del pardo y los arrojó al camino en tanto gritaba:

—¡Con este eslabón se te ha concluido la cadena, pardo perdulario! Y no dentrés más a mi casa como no sea de pico tapao, que pa rilaciones tristes con leer la libreta de los fiaos me alcanza, y entodavía me sobra!

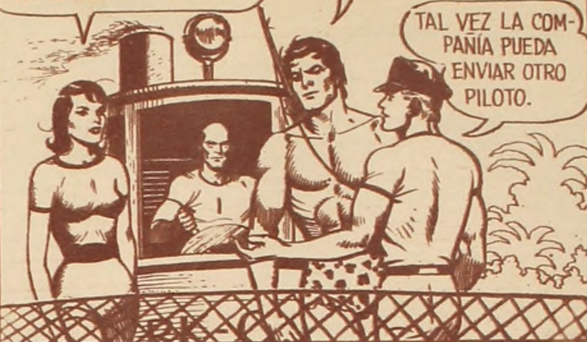
José MONEGAL

(Especial para EL DIA)

(Dibujo del autor)

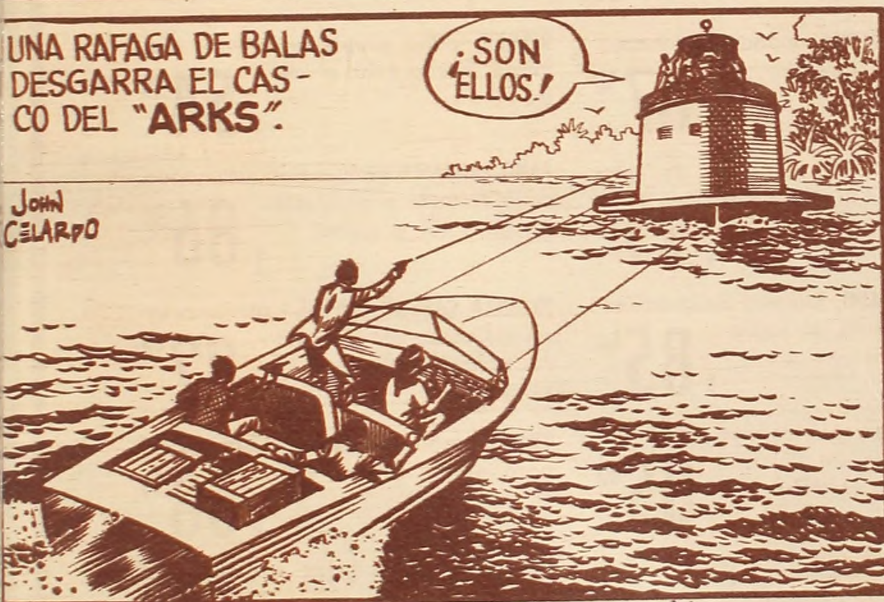

...SPERO QUE HAYA UN PUERTO CERCA RIO
...RRIBA. ASI PODEMOS DAR LA SITUA-
...CION DEL AVIÓN SINIESTRADO....

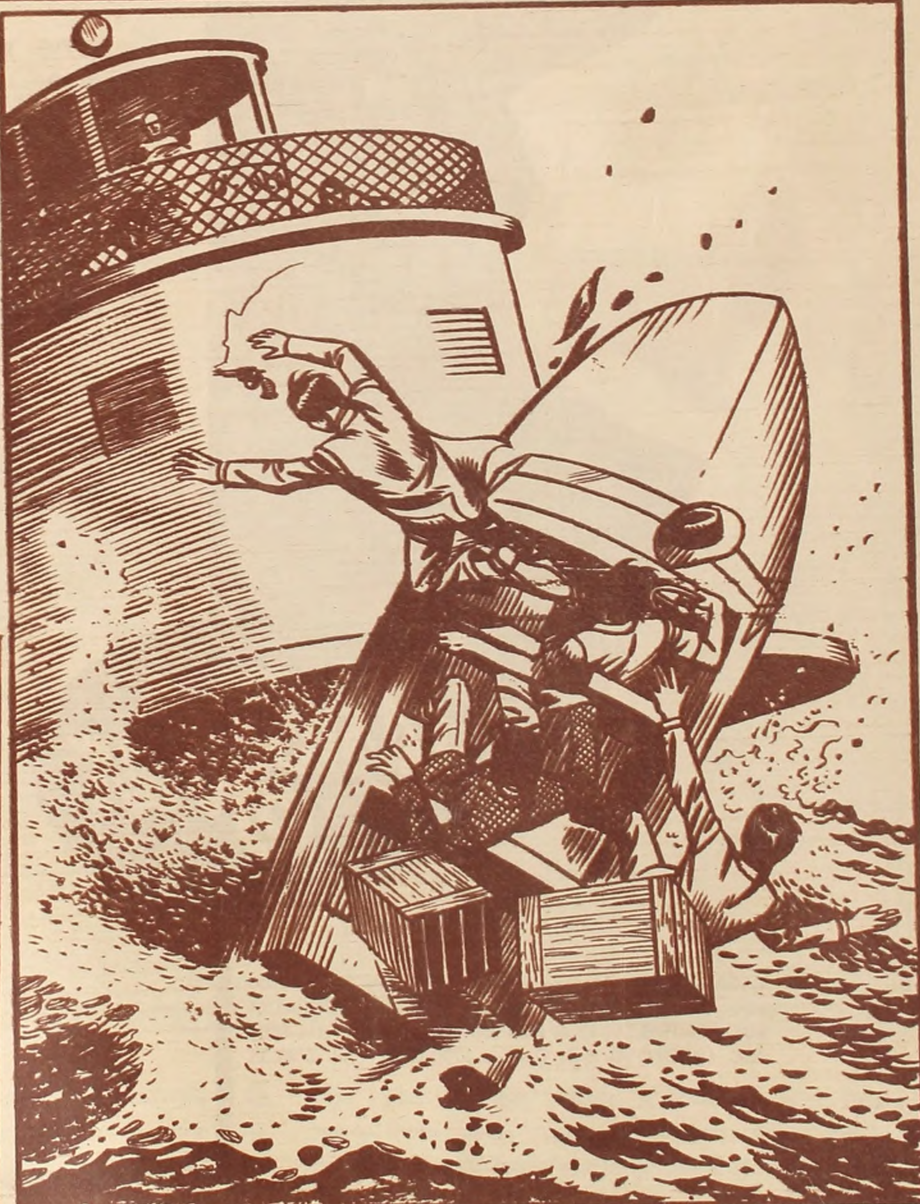

EDGAR RICE BURROUGHS
Tarzan


¿PODRÁN VIVIR LOS PASAGEROS HASTA QUE LES LLEGUE LA AYUDA?
ESTÁN MUY BIEN DENTRO DEL APARATO.
TAL VEZ LA COMPAÑÍA PUEDA ENVIAR OTRO PILOTO.


...UE FUÉ DE LOS BANDIDOS Y DEL ...OTÍN QUE SE LLEVARON, ...ARZÁN?
AÚN NO ESTAMOS SEGUROS.


¡¡TARZÁN!! ¡¡OIGO EL MOTOR DE UNA LANCHA!!!
¡¡MIRA, HAY CUATRO!!!
DEBEMOS ESTAR SEGUROS. LOS LLAMARÉ.


UNA RAFAGA DE BALAS DESGARRA EL CASCO DEL "ARKS".
¡SON ELLOS!
JOHN CELARDO




¡DESPEJEN EL PUENTE! ¡SEREMOS MAS LENTOS, PERO SOMOS MAS GRANDES!!
1699